Pura Pasión

CORAZONES DE HIELO



EVA LUNA RAY

Pura pasión

El regreso del hijo pródigo de los Blizzard.

Corazones de hielo

Eva Luna Ray

© **2026, Eva Luna Ray.** Todos los derechos reservados.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra sin la autorización previa de la autora. El respeto a la propiedad intelectual permite que las historias sigan latiendo y

que el hielo siga ardiendo.

Nota de la autora: Esta novela es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad, jugadores de la liga o eventos deportivos es pura coincidencia o fruto del azar de las mareas.

La serie **«Corazones de Hielo»** es una colección de refugios literarios diseñados para celebrar la fuerza, la redención y el amor que sana incluso las cicatrices más profundas del pasado. Estas páginas son una invitación a detener el tiempo, un viaje sensorial por la intensidad de la pista y un encuentro con lo que de verdad importa.

Gracias por iniciar este viaje conmigo por los rincones más fríos —y a la vez más cálidos— de nuestra geografía emocional. Que la bruma te sea leve y el corazón encuentre, por fin, su puerto seguro.

Índice

Capítulo 1: El eco del hielo
Capítulo 2: La guardiana de los secretos
Capítulo 3: Manual para no romperse
Capítulo 4: Perros de presa y trajes de seda
Capítulo 5: El sabor del pasado en Vail Creek
Capítulo 6: La sombra del Arquitecto
Capítulo 7: Sangre sobre el blanco
Capítulo 8: Control de daños
Capítulo 9: El rincón de los proscritos
Capítulo 10: El vídeo que lo cambió todo
Capítulo 11: Carretera al aislamiento
Capítulo 12: Papel mojado y promesas rotas
Capítulo 13: Cenizas en la chimenea
Capítulo 14: La verdad tiene sabor a hiel
Capítulo 15: Patinando sobre cristales
Capítulo 16: El precio de una traición
Capítulo 17: Sonrisas de escaparate

Capítulo 18: La cámara no miente
Capítulo 19: Un gol para el perdón
Capítulo 20: La fragilidad del tipo duro
Capítulo 21: El arte de recuperarte
Capítulo 22: Muros de hormigón
Capítulo 23: Lecciones de un Vance
Capítulo 24: La Gala de las máscaras
Capítulo 25: Pura pasión
Capítulo 26: El amanecer de los cobardes
Capítulo 27: El fantasma de Detroit
Capítulo 28: La mentira más dulce
Capítulo 29: Un contrato con el diablo
Capítulo 30: El silencio del Ice Palace
Capítulo 31: El abismo bajo los patines
Capítulo 32: Renuncia por amor
Capítulo 33: Palabras de un sabio
Capítulo 34: Maletas llenas de "ojalá"
Capítulo 35: Sin guion
Capítulo 36: El valor de la verdad
Capítulo 37: El partido de mi vida
Capítulo 38: El último segundo del cronómetro
Capítulo 39: Victoria en el hielo, paz en el alma
Capítulo 40: El beso de los Blizzard
Capítulo 41: Un nuevo hogar en la montaña
Capítulo 42: Epílogo: Sangre Nueva

CAPÍTULO 1: EL ECO DEL HIELO

El aire de Vail Creek tiene una forma particular de morder los pulmones, pero el del Ice Palace es diferente. Huele a una mezcla de caucho quemado, cera para sticks y ambición mal gestionada. Es un olor que se me queda pegado a la piel en cuanto cruzo el túnel de acceso, recordándome que, aunque haya pasado cinco años en las ligas europeas, mi ADN sigue compuesto por este frío.

Mis pisadas resuenan en el suelo de goma. Ajusto la bolsa de deporte sobre mi hombro y trato de ignorar el nudo que se me aprieta en el estómago. He vuelto. El hijo pródigo, el paria, el error que la directiva de los Blizzard ha decidido tolerar por pura desesperación comercial.

Me detengo antes de doblar la esquina que lleva al vestuario. Escucho el eco de unos patines sobre el hielo en la pista principal, un sonido rítmico que antes me daba paz y que ahora me suena a juicio.

—Has tardado cinco años, Jax. Sigues llegando tarde a los momentos importantes.

La voz es una cuchilla que corta el aire. Me tenso al instante. Conozco ese tono, aunque ahora tiene un filo profesional que no recordaba. Me giro despacio, preparado para el impacto.

Sienna está apoyada contra la pared de hormigón, con los brazos cruzados sobre un traje de chaqueta gris que le queda como una armadura. Ya no lleva el pelo suelto y revuelto como cuando nos escapábamos al lago; ahora luce una coleta tirante que subraya sus pómulos afilados. Lo que más me escuece es el escudo de los Blizzard que brilla en su solapa. Es la jefa de prensa. La protegida de Marcus Thorne.

—El tráfico de la montaña no perdona, Sienna —respondo. Mi voz sale más ronca de lo que pretendo—. Veo que te han dado las llaves del reino.

Ella se despega de la pared y camina hacia mí. Sus tacones golpean el suelo con una precisión militar. Se detiene a menos de un

metro, invadiendo mi espacio personal con un perfume que huele a vainilla y a un invierno que yo mismo provoqué.

—No te confundas —dice ella, clavando sus ojos castaños en los míos. No hay ni rastro de la chica que lloró en la estación—. Marcus me dio el puesto porque soy la mejor en lo que hago. Y lo que hago ahora es evitar que tu reputación termine de hundir este club. Para mí, no eres Jax, el chico que conocí. Eres un activo problemático que debo gestionar.

Trago saliva. El arrepentimiento es un sabor amargo que me llena la boca. Miro el escudo en su pecho y luego su rostro gélido.

—Entiendo. Negocios, entonces.

—Solo negocios —sentencia ella. Se acerca un poco más, lo suficiente para que note el calor que desprende su cuerpo a pesar de sus palabras—. Entra en ese vestuario y mantén la boca cerrada. Los veteranos te tienen ganas y yo no estoy de humor para limpiar tu sangre del hielo antes del primer entrenamiento.

Sienna da media vuelta sin esperar respuesta. La veo alejarse por el túnel con la espalda recta y la cabeza alta. Me quedo solo en el pasillo, con el eco de sus palabras golpeando las paredes de mi cabeza.

He vuelto a casa, pero el hielo nunca ha estado tan duro.

CAPÍTULO 2: LA GUARDIANA DE LOS SECRETOS

Observo a Jax desde la penumbra del túnel de acceso, oculta tras el recodo que lleva a las oficinas. Mi pulso, ese traidor que creía haber domesticado bajo el ala de Marcus Thorne, golpea con una fuerza sorda contra mis costillas. Cinco años. Cinco inviernos que se condensan en este instante, mientras lo veo caminar con esa arrogancia descuidada que solía ser mi perdición.

Jax no ha cambiado. O quizás lo ha hecho demasiado. Lleva un gorro de lana calado y esa bolsa de deporte que parece pesarle más por los recuerdos que por el equipo de hockey.

Salgo de las sombras justo cuando está a punto de doblar la esquina. Mi voz suena como el cristal rompiéndose: fría, precisa y letal. Es la voz que Marcus me enseñó a usar cuando el caos amenaza con desbordar la franquicia.

—Has tardado cinco años, Jax. Sigues llegando tarde a los momentos importantes.

Él se detiene en seco. El sonido de su respiración se vuelve errático por un segundo antes de que se gire. Cuando sus ojos se clavan en los míos, siento un vértigo que me obliga a apretar los puños a los costados para no flaquear. El dolor que dejé enterrado en la vieja estación de tren de Vail Creek intenta emerger, pero lo empujo hacia abajo con la fuerza de un *slapshot*.

Soy la jefa de prensa de los Blizzard. Soy la mujer que maneja las crisis, no la chica que guardaba sus recortes de prensa bajo la almohada.

—No te confundas —le suelto, acortando la distancia con pasos que no tiemblan—. Marcus me dio el puesto porque soy la mejor en lo que hago. Y lo que hago ahora es evitar que tu reputación termine de hundir este club. Para mí, no eres Jax, el chico que conocí. Eres un activo problemático que debo gestionar.

Él intenta usar ese tono ronco, esa mirada que antes me desarmaba, hablando del tráfico de la montaña y de las llaves del reino. Pero no soy la misma. El escudo plateado que brilla en mi solapa es mi armadura. Mi carrera, todo lo que he construido lejos

de su sombra, depende de que este hombre no vuelva a estrellarse. Si él cae, yo caigo con él, y Marcus Thorne no perdona los fallos.

—Entiendo. Negocios, entonces —dice él.

—Solo negocios —sentencio.

Me acerco un paso más, lo suficiente para oler el frío que emana de su chaqueta, pero mantengo mi mirada de acero fija en la suya. Necesito que entienda que la jerarquía ha cambiado. Ya no soy su fan. Ya no soy su refugio. Soy su única oportunidad de redención y, a la vez, su juez más severo.

—Entra en ese vestuario y mantén la boca cerrada —le ordeno, señalando la puerta con un gesto seco—. Los veteranos te tienen ganas y yo no estoy de humor para limpiar tu sangre del hielo antes del primer entrenamiento.

Doy media vuelta sin permitirle una réplica. Mis tacones resuenan contra el caucho del pasillo con un ritmo militar. Solo cuando doblo la esquina y me quedo fuera de su vista, me permito cerrar los ojos y soltar el aire que tenía retenido. Me tiemblan los dedos.

Maldita sea, Jax.

Aprieto mi carpeta contra el pecho y me obligo a caminar hacia mi oficina. Tengo un vídeo que ocultar, una prensa que aplacar y un corazón que, por mucho que me duela admitirlo, acaba de recordar cómo se sentía el fuego en mitad del invierno.

CAPÍTULO 3: MANUAL PARA NO ROMPERSE

Empujo la puerta doble del vestuario y el golpe seco del metal contra el tope de goma resuena como un disparo. El murmullo de conversaciones, risas y el sonido de la cinta de embalaje cortándose se detiene en seco. El silencio que sigue es tan denso que casi puedo saborear el linimento en el aire.

Veinte pares de ojos se clavan en mí. Algunos con curiosidad, otros con un desprecio que no se molestan en ocultar. Camino hacia el espacio que tiene mi nombre rotulado en una cinta blanca: *JAX – 91*. Está en una esquina, lejos del centro, donde los proscritos esperamos la sentencia.

—Vaya, el trotamundos ha decidido que ya ha visto suficiente Europa.

La voz es profunda, cargada de una gravedad que te obliga a prestar atención. Me giro. Samuel Vance está sentado en su sitio, terminando de encintar sus guardas. Es una montaña de músculos y tatuajes que parecen contar historias de peleas que yo no querría ganar. El "Muro" sigue siendo igual de intimidante que hace cinco años, solo que ahora tiene una mirada de veterano que ha visto pasar a demasiados idiotas por este vestuario.

—Vance —asiento con la cabeza, manteniendo la bolsa de deporte pegada a mi costado.

—No te confundas, chico —dice Samuel sin dejar de trabajar en su equipo—. Estás aquí porque Marcus cree que vendes entradas. Para mí, eres un riesgo que mi defensa no necesita. No me obligues a sacarte del hielo yo mismo.

No respondo. No hay nada que decir ante una verdad tan afilada. Justo cuando voy a sentarme, un sobre de color azul gélido descansa sobre mi banco. Tiene el sello oficial de los Blizzard y un aroma sutil a vainilla que me revuelve las tripas.

Lo abro. Dentro hay un documento de diez páginas titulado: *Protocolo de Conducta y Gestión de Crisis: Jugador #91*.

Leo las primeras líneas y una risa amarga se me escapa. No es un manual de equipo; es un bozal diseñado por Sienna.

1. Prohibida la asistencia a eventos nocturnos no autorizados por el departamento de RR.PP. 2. Queda terminantemente prohibido dar declaraciones a la prensa sin la presencia de la Jefa de Prensa. 3. Mantener una distancia profesional mínima de dos metros con el personal administrativo en zonas comunes.

Paso a la última página. Allí, en una nota escrita a mano con una caligrafía perfecta y firme, leo: «Si rompes una sola coma de este manual, estarás en un avión de vuelta a casa antes de que el hielo se derrita. Firma: S.».

Cierro el manual y siento un chispazo de esa vieja rebeldía que solía meterme en problemas. Sienna quiere controlarme. Quiere que sea un muñeco de vitrina para que Marcus esté orgulloso de ella.

Me pongo la camiseta de entrenamiento, pero en lugar de dirigirme al gimnasio como dicta el horario de mi sobre, doy media vuelta. Camino por el pasillo central, ignorando las miradas de los novatos, y me dirijo directamente a la cafetería del estadio, un área estrictamente "administrativa" según el punto 3 de su lista de mierda.

La veo allí, de espaldas, hablando por teléfono con un café en la mano. Me acerco hasta que estoy tan cerca que puedo ver los pequeños cabellos que se escapan de su coleta. Menos de veinte centímetros. Nada de dos metros.

—El café aquí sigue siendo aguado, Sienna —le susurro al oído.

Ella se tensa tanto que parece que va a romperse. Cuelga el teléfono despacio y se gira. Sus ojos echan chispas, una mezcla de furia y algo que se parece peligrosamente al pánico.

—Página uno, punto tres, Jax —sisea ella, apretando el vaso de cartón—. Estás a menos de diez minutos de tu primer entrenamiento y a mucho menos de que llame a seguridad.

—He leído el manual —respondo con una sonrisa ladeada, disfrutando de la forma en que su respiración se vuelve errática—. Pero siempre se me ha dado mal seguir guiones. Solo quería decirte que la vainilla te queda mejor en la piel que en el papel.

Doy media vuelta y me alejo hacia el hielo, sintiendo su mirada quemándome la espalda. Sé que es un error. Sé que acabo de declararle la guerra a la mujer que tiene mi carrera en sus manos.

Pero por primera vez en cinco años, me siento vivo.

CAPÍTULO 4: PERROS DE PRESA Y TRAJES DE SEDA

El eco de mis tacones contra el suelo pulido del gimnasio suena como una cuenta atrás. Llevo un iPad apretado contra el pecho y la paciencia reducida a cenizas. Tres periodistas de la cadena nacional están esperando en la sala de prensa, tomando café frío y mirando sus relojes porque el nuevo fichaje estrella de los Blizzard ha decidido que las relaciones públicas no van con él.

—¿Dónde está? —le suelto a un novato que sale del área de pesas. El chico balbucea algo y señala hacia el fondo, donde la luz es más tenue.

Lo encuentro allí. Jax no está solo entrenando; está castigándose. El sonido metálico de las placas de la máquina de remo golpeando el tope rítmicamente llena el espacio. Está empapado en sudor, la camiseta gris pegada a su espalda ancha, marcando cada músculo que se tensa con un esfuerzo casi violento.

—Página dos, punto cuatro, Jax —digo, deteniéndome a un metro de él—. «Las citaciones de prensa son de carácter obligatorio y preferente». Tienes a tres reporteros fuera y mi carrera pendiendo de un hilo por tu culpa.

Jax no se detiene. Sigue tirando del cable con una cadencia hipnótica. Sus hombros se ensanchan con cada embestida.

—Diles que se han averiado las máquinas —suelta con la respiración entrecortada—. O que me he perdido en el camino desde el vestuario. Tú eres la experta en mentiras elegantes, Sienna.

—No son mentiras, es gestión de imagen. Algo que claramente has olvidado en tus años de gloria europea. —Doy un paso adelante, invadiendo su burbuja de calor y esfuerzo—. Suelta ese remo ahora mismo. Es una orden.

Jax suelta el agarre de golpe. El metal choca con un estruendo que me hace saltar. Antes de que pueda reaccionar, se pone en pie. Es mucho más alto de lo que recuerdo cuando está así de cerca, envuelto en ese aura de testosterona y sudor.

No retrocedo. No puedo permitir que vea que mi pulso se ha vuelto errático.

—¿Una orden? —repite. Da un paso hacia mí, obligándome a dar uno hacia atrás hasta que el frío metal de una máquina de prensa de piernas me corta el paso—. Me encantan tus trajes de seda, Sienna. Te hacen parecer tan... intocable. Tan profesional.

Me acorrala, apoyando una mano a cada lado de mi cabeza sobre la estructura de la máquina. El olor a su piel, a esfuerzo y a ese aroma cítrico que siempre lo acompañó, me golpea como una ola. Estoy atrapada entre su cuerpo ardiente y el acero gélido.

—Jax, apártate —mi voz suena más débil de lo que debería.

Él se inclina, reduciendo la distancia hasta que su frente casi toca la mía. Una gota de sudor resbala por su sien y cae sobre la solapa de mi chaqueta gris, una mancha oscura sobre la seda perfecta.

—Solías amar mi rebeldía —susurra, y su voz es una vibración que noto en mis propios pulmones—. Solías decir que era lo único real en este pueblo de fachadas perfectas. ¿Qué ha pasado, princesa? ¿Marcus Thorne te ha vaciado el alma para llenarla de manuales de conducta?

—Lo que pasó es que crecí —le clavo la mirada, aunque mis dedos tiemblan sobre el iPad—. Y aprendí que la rebeldía sin causa es solo una forma de egoísmo. Tienes cinco minutos para ducharte y subir a esa sala. Si no lo haces, le diré a Marcus que no eres apto para el equipo.

Jax me observa en silencio. Sus ojos recorren mis labios por un segundo que dura una eternidad, una chispa de ese viejo fuego asomando tras su melancolía. La tensión es tan espesa que casi puedo sentir el roce de su piel sin que me toque.

—Cinco minutos —repite, alejándose de golpe, devolviéndome el aire que me había robado—. Pero no lo hago por Marcus. Lo hago porque me gusta verte perder el control, Sienna. Es lo más cerca que he estado de la chica que conocí.

Se da la vuelta y camina hacia las duchas con esa zancada poderosa. Me quedo allí, apoyada en la máquina, tratando de que mis pulmones recuerden cómo funcionar. Me aliso la chaqueta de seda, pero la mancha de sudor en mi solapa sigue ahí.

Un recordatorio de que, por mucho que intente protegerme con protocolos, Jax ha vuelto para quemar mi mundo de nuevo.

CAPÍTULO 5: EL SABOR DEL PASADO EN VAIL CREEK

Vail Creek ha cambiado en la superficie, pero el olor de la librería de Don Mateo permanece inmutable. Es un refugio de madera que cruje, papel viejo y esa nota persistente de canela y café que parece capaz de detener el tiempo. Al cruzar el umbral, las campanillas de la puerta tintinean con un sonido que me transporta, de golpe, a los diecisiete años.

Me quito el gorro de lana y sacudo los restos de nieve de mis hombros. Busco la esquina más alejada, la que queda oculta por las estanterías de historia local, pero una voz pausada me detiene antes de que pueda esconderme.

—Los libros no juzgan, Jax, pero tampoco olvidan a quienes solían leerlos.

Don Mateo está sentado en su sillón de cuero gastado, junto a la chimenea. Tiene un libro abierto sobre el regazo y unas gafas apoyadas en la punta de la nariz. Sus ojos, nublados por los años pero tan afilados como siempre, me recorren con una mezcla de lástima y sabiduría.

—Hola, Mateo —respondo, acercándome con paso dubitativo—. Veo que sigues en el mismo sitio.

—Alguien tiene que vigilar el faro mientras los barcos se pierden en el mar —dice, señalando el asiento de madera frente a él—. Siéntate. Pareces un hombre que ha cargado con demasiadas piedras en la mochila durante el cruce del océano.

Me dejo caer en la silla. El calor del fuego empieza a descongelar el entumecimiento de mis dedos, pero no el del pecho. Mateo cierra su libro con parsimonia.

—Sienna estuvo aquí ayer —lanza el cebo sin previo aviso. Me tenso al oír su nombre—. Buscaba un manual sobre gestión de crisis. Le dije que las crisis no se gestionan, se sobreviven.

—Ella cree que puede controlarlo todo —susurro, mirando las llamas—. Cree que si sigue las reglas, el pasado se quedará donde pertenece.

—El hielo es engañoso, muchacho —Mateo se inclina hacia delante, y su voz baja de tono—. A veces parece sólido, eterno. Pero el hielo siempre se quiebra por el peso de lo que no se dice. Puedes patinar sobre una mentira durante un tiempo, pero el agua fría te espera al final del camino.

Sus palabras me golpean como un disco en las costillas. Me hundo en el asiento, cerrando los ojos. De repente, el salón de la librería desaparece y me veo de nuevo en aquel hotel de Detroit, la noche antes de mi partida a Europa. Veo el rostro de mi contacto, el fajo de billetes sobre la mesa y la amenaza que pendía sobre la única persona que me importaba.

Sienna cree que me fui por ambición. Cree que la abandoné porque el brillo de los equipos europeos era más fuerte que nuestra promesa en el lago. No sabe que cada kilómetro de distancia que puse entre nosotros fue un muro que levanté para protegerla de una mierda que ella no merecía tocar. Una traición que yo asumí para que ella pudiera seguir brillando, limpia de toda mancha.

—¿Y si el hielo se rompe y no hay nadie para sacarte? —pregunto, abriendo los ojos.

Mateo me dedica una sonrisa triste y vuelve a abrir su libro.

—Entonces aprendes a nadar en el frío, o dejas que el peso te hunda del todo. La pregunta es, Jax: ¿cuánto tiempo vas a seguir permitiendo que ella piense que eres el villano de una historia que tú mismo escribiste para salvarla?

No respondo. Me levanto y me pongo el gorro, sintiendo que el aire de la librería se ha vuelto demasiado pesado. Salgo a la calle, donde la nieve vuelve a caer con fuerza.

Camino hacia el estadio, pero el sabor de la canela se ha vuelto amargo. Mateo tiene razón. El hielo se está quebrando bajo mis pies y, tarde o temprano, la verdad que le oculto a Sienna va a salir a flote, arrastrándonos a ambos a las profundidades.

CAPÍTULO 6: LA SOMBRA DEL ARQUITECTO

El palco principal del Ice Palace es un santuario de cristal y acero que huele a colonia cara y a decisiones que arruinan carreras. Desde aquí, el ajetreo del estadio parece un hormiguero lejano, desprovisto de la pasión que se respira a pie de pista. Aquí solo importa el negocio.

Marcus Thorne está de pie frente al ventanal, con las manos entrelazadas a la espalda. Su traje azul oscuro no tiene una sola arruga, igual que su expresión. Me detengo a un par de metros, esperando a que el «Arquitecto» decida que existo.

—Has tenido una mañana movida, Sienna —dice sin girarse. Su voz es un barítono tranquilo que me pone los pelos de punta—. Me informan de que el señor 91 ya ha marcado su territorio en el gimnasio. Y en tu solapa.

Bajo la vista instintivamente hacia la mancha de sudor que ya se ha secado en mi chaqueta, pero que sigue ahí como una marca de guerra. Me obligo a mantener la barbilla alta.

—Jax es... poco ortodoxo, Marcus. Pero estoy bajo control. Solo necesita tiempo para adaptarse al sistema de los Blizzard.

Marcus se gira despacio. Sus ojos fríos me recorren con la precisión de un escáner.

—El tiempo es un lujo que no compramos en esta franquicia. —Camina hacia su escritorio de caoba y deja caer un informe sobre la superficie—. Los patrocinadores están nerviosos. El vídeo de Europa ha hecho que tres marcas de ropa deportiva retiren sus ofertas de patrocinio para el equipo técnico. No quieren que se les asocie con un jugador errático y, posiblemente, corrupto.

—Él no es corrupto —suelto antes de poder filtrarlo.

Marcus enarca una ceja. El silencio que sigue es pesado, asfixiante.

—Tu lealtad es admirable, Sienna, pero espero que sea profesional y no sentimental. Te entrené para ser un muro de contención, no una plataforma de aterrizaje para juguetes rotos.

—Lo sé —respondo, apretando los puños tras la espalda—. Limpiaré su imagen. Dame el partido de exhibición del viernes.

Marcus se apoya en el borde del escritorio y se inclina hacia delante.

—Te daré el viernes. Pero escucha con atención: si Jax no rinde, si comete una sola falta estúpida o si su nombre aparece en un titular negativo antes de que suene la bocina final, lo enviaré a la liga menor de Alaska. Y tú —hace una pausa deliberada—, tú volverás al departamento de archivos. Tu carrera en primera línea terminará antes de empezar.

El aire parece abandonar el palco. Alaska es el cementerio de los jugadores; el departamento de archivos es el mío. Marcus no amenaza, él ejecuta.

—Entendido —digo con la garganta seca.

—No me falles, Sienna. Me costó mucho convencer a Erick Vane de que eras la persona adecuada para este desastre. No me dejes como un mentiroso.

Salgo del palco con las piernas de gelatina. Camino por el pasillo alfombrado hacia el ascensor, pero me detengo frente al gran ventanal que da a la pista de hielo. Abajo, en la inmensidad blanca, una figura solitaria patina a toda velocidad. Es Jax.

Lo observo trazar curvas imposibles, dejando surcos profundos en la superficie virgen. Marcus me ha pedido que elija entre mi futuro y el hombre que una vez fue mi mundo. Lo irónico es que, para salvarme a mí misma, ahora estoy obligada a salvarlo a él.

Y Jax no tiene ni idea de que está patinando sobre el filo de una cuchilla que yo misma estoy sujetando.

CAPÍTULO 7: SANGRE SOBRE EL BLANCO

El rugido del Ice Palace no es el mismo que recordaba. Ya no es un abrazo; es un juicio. Mientras patino en círculos durante el calentamiento, noto el peso de miles de ojos clavados en mi espalda, buscando el menor indicio de que el «error de Europa» sigue siendo el mismo chico impulsivo que se marchó.

—No te pases de frenada, Jax —me suelta Samuel Vance al pasar por mi lado hacia la portería. Su voz, filtrada por la rejilla del casco, es una advertencia—. El equipo necesita un delantero, no un gladiador.

Asiento en silencio, pero mis nervios están a flor de piel. Miro hacia el palco de prensa. Sienna está allí, de pie, con una tableta en las manos y esa expresión de mármol que ha perfeccionado tanto. Sé que cada movimiento que haga hoy acabará en su informe para Marcus.

Suena la bocina. El árbitro deja caer el puck y el mundo se reduce a la velocidad del caucho sobre el hielo.

En el primer periodo, trato de jugar limpio. Busco los huecos en la zona neutral, intento conectar con los extremos, pero el equipo rival me tiene marcada la matrícula. Un defensa de Detroit —un tipo con cara de pocos amigos y el doble de envergadura que yo— no deja de soltarme recados con el stick en las costillas cada vez que nos cruzamos.

—¿Qué pasa, Jax? —me sisea en un saque neutral—. ¿En Europa no te enseñaron a jugar como un hombre o estabas demasiado ocupado contando el dinero del soborno?

La sangre me hierve. El ruido de las gradas se convierte en un zumbido blanco.

En el segundo periodo, mi autocontrol vuela por los aires. Recibo un pase largo de Julián Ricci y encaro la portería. Tengo el ángulo perfecto para un slapshot, pero el defensa de Detroit me embiste contra la valla con una carga ilegal por la espalda. Mi rostro golpea el metacrilato. El dolor es un relámpago que me nubla la vista.

No espero al silbato del árbitro.

Me giro con la fuerza de un resorte y le propino un empujón que lo manda directo al hielo. Él se levanta rápido, soltando los guantes. Yo hago lo mismo. El sonido de los cueros golpeando el suelo es la señal que mi cerebro necesitaba para desconectar la lógica.

Le asesto el primer golpe en la mandíbula. Él responde con un gancho que me alcanza la ceja. Siento el calor del líquido escurriendo por mi ojo al instante. La visión se me tiñe de rojo. Nos enzarzamos en una lucha de agarres y puñetazos hasta que los jueces de línea nos separan a la fuerza.

—¡A la caseta! —grita el árbitro, señalando el camino con furia.

Mientras patino hacia la penalty box, el abucheo de la grada es unánime. Es un sonido ensordecedor que me golpea más fuerte que cualquier puño. Miro hacia el palco de prensa. Sienna ha bajado la tableta. No está escribiendo. Me mira con una mezcla de decepción y rabia que me duele más que la herida que me late en la frente.

Me dejo caer en el banco de madera de la caja de castigo. Me quito un guante y me paso los dedos por la ceja; la mano sale manchada de un rojo brillante que gotea sobre el hielo inmaculado.

Sangre sobre el blanco.

Me cubro la cara con la toalla, ignorando las cámaras que intentan captar mi derrota. He fallado. En menos de treinta minutos de juego, le he dado a Marcus la excusa perfecta para enviarme a Alaska y he confirmado los peores miedos de Sienna.

El camino a la redención no es una pista lisa; es un campo de minas, y acabo de pisar la primera.

CAPÍTULO 8: CONTROL DE DAÑOS

El sonido de los abucheos todavía resuena en mis oídos mientras atravieso el pasillo que lleva a la zona de enfermería. Camino tan rápido que mis tacones parecen martillazos sobre el suelo de caucho. Estoy furiosa, aterrada y, por encima de todo, decepcionada. Jax ha tardado exactamente dos periodos en confirmar que sigue siendo una granada sin anilla.

Empujo la puerta de la sala de curas. El olor a antiséptico me golpea, pero es el calor que emana del cuerpo de Jax lo que me detiene. Está sentado en la camilla, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha. La sangre de su ceja ha trazado un camino oscuro por su mejilla, goteando sobre su camiseta blanca de los Blizzard.

—Los médicos están atendiendo una fractura en el otro vestuario —digo, mi voz saliendo más afilada de lo que pretendía—. Me han dicho que no es grave, pero que no puedes salir a la zona mixta con ese aspecto.

Él levanta la cabeza. Sus ojos están inyectados en sangre por el esfuerzo y el golpe, pero su mirada sigue teniendo esa intensidad que me revuelve el estómago.

—¿Has venido a decirme que me prepare para Alaska, Sienna? —pregunta con una sonrisa amarga que le hace sangrar de nuevo.

—He venido a evitar que te desangres en mi suelo —respondo, acercándome al armario de suministros.

Saco un bote de suero, gasas y antiséptico. Me tiemblan los dedos, así que aprieto el material contra mi pecho antes de acercarme a él. Me coloco entre sus piernas abiertas, la única forma de alcanzar la altura de su rostro. La proximidad es peligrosa. Puedo sentir el vaho de su respiración contra mi cuello.

Empapo una gasa y la presiono sobre su ceja. Jax suelta un gruñido sordo y sus manos se cierran instintivamente sobre mis caderas para estabilizarse. El contacto me quema a través de la tela de mi falda de tubo.

—Quieto —le ordeno, aunque mi voz suena más como un ruego —. Has hecho un desastre, Jax. Marcus estaba en el palco. El equipo de prensa nacional tiene la foto de tu puñetazo en portada.

—Él me mencionó lo de Europa —susurra él. Sus ojos están fijos en los míos, tan cerca que puedo ver las pequeñas motas doradas en su iris—. Dijo que era un vendido. No podía dejar que se fuera de rositas.

—Siempre tienes una excusa para la violencia —limpio la sangre con cuidado, barriendo el líquido rojo para revelar la brecha profunda en su piel—. Siempre crees que tus puños son más rápidos que tu cerebro.

Jax guarda silencio. Sus manos en mis caderas se relajan, pero no me suelta. Sus dedos trazan círculos casi imperceptibles sobre la tela, y esa vulnerabilidad repentina me desarma más que cualquier grito. El chico rudo que acaba de pelear en el hielo parece haber desaparecido, dejando paso a alguien que solo parece... cansado. Cansado de huir, cansado de ser el villano.

Por un segundo, mi máscara profesional se desliza. Mis dedos rozan su sien con una delicadeza que no figura en ningún manual de gestión de crisis. Recuerdo esta misma sensación: yo curándolo tras una caída en el lago helado cuando teníamos dieciséis años. El tiempo parece doblarse, colapsar sobre sí mismo, hasta que solo quedamos nosotros dos en esta habitación blanca.

—Sienna —su voz es apenas un hilo.

Me obligo a retroceder, rompiendo el contacto como si su piel fuera electricidad. Tiro la gasa manchada a la papelera y cierro el bote de antiséptico con un golpe seco. El muro vuelve a subir, más alto y más frío que antes.

—Termina de limpiarte —digo, dándole la espalda para que no vea que me falta el aire—. Tienes diez minutos para cambiarte. Voy a decirle a la prensa que ha sido un lance del juego y que tienes una conmoción leve para evitarte la rueda de prensa.

—Me estás protegiendo —afirma él, y lo noto ponerse en pie detrás de mi espalda.

—Estoy protegiendo mi carrera —le corrijo sin mirarlo—. No te confundas, Jax. Esto no es por nosotros. Esto es porque si tú te

hundes hoy, yo no tendré nada que gestionar mañana.

Salgo de la sala de curas sin mirar atrás, pero mis caderas todavía guardan el calor de sus manos. Marcus Thorne me entrenó para ser impasible, pero nadie me preparó para el hecho de que curar al hombre que amas duele mucho más que recibir el golpe tú misma.

CAPÍTULO 9: EL RINCÓN DE LOS PROSCRITOS

El silencio del Ice Palace a medianoche es un animal pesado. Sin el rugido de la grada ni el estruendo de los choques contra la valla, el estadio se convierte en una catedral de hormigón y frío. Me he quedado sentado en el banco del vestuario, con una bolsa de hielo presionada contra la ceja y la mirada perdida en las marcas de los patines sobre el suelo de goma.

Todos se han ido. Samuel, los novatos, incluso la seguridad ha bajado la intensidad de las luces. Me siento como un fantasma en mi propio hogar, un proscrito que ha regresado para descubrir que su rincón ya no existe.

—Si sigues apretando ese hielo así, te vas a congelar el cerebro, novato. Aunque algunos dicen que ya lo traías así de Europa.

Me tenso, pero relajo los hombros al reconocer ese tono burlón. Julián Ricci está apoyado en el marco de la puerta. A pesar de los años y de que ahora es una de las leyendas vivientes del equipo, sigue teniendo esa sonrisa de lado que parece anunciar un problema o una broma. O ambas.

—Ricci —murmuro, dejando caer la bolsa de hielo sobre el banco —. Pensaba que estarías celebrando la victoria con Valentina y el pequeño Rayo.

—Valentina me ha echado de casa porque dice que huelo demasiado a vestuario y que el bebé necesita «paz acústica» —se ríe, entrando con esa zancada ligera que le dio su apodo—. Así que aquí estoy, vigilando que el nuevo no queme el estadio en su primera noche.

Se sienta a mi lado, dejando una distancia prudencial, pero lo suficientemente cerca como para que su energía contagiosa rompa mi burbuja de autocompasión.

—Ha sido un desastre —digo, señalando mi ceja—. Marcus me quiere en Alaska y Sienna... Sienna me mira como si fuera un virus.

Julián suelta un suspiro y se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Mira, Jax. Vail Creek es un lugar pequeño con memorias muy largas. Aquí el hielo es duro, pero también es honesto. Si sales ahí fuera a pelearte con el mundo para demostrar que eres el más duro, el mundo te va a devolver el golpe. Siempre.

—No sé si encajo aquí ya, Julián. Me siento solo en medio de la pista.

Julián se gira y me clava una mirada que, por un segundo, pierde toda la faceta de bromista. Es la mirada del hombre que estuvo a punto de perderlo todo por su propio orgullo.

—En Vail Creek nadie patina solo a menos que quiera hacerlo —sentencia—. Tienes a un equipo que espera que dejes de ser un mártir y empieces a ser un compañero. Y tienes a una mujer que ha dimitido de su cordura solo para intentar que no te estrelles. Deja de lamerte las heridas en la oscuridad.

Se pone en pie y me da una palmada en el hombro, una que pesa más por lo que significa que por la fuerza del golpe.

—Mañana a las seis hay entrenamiento voluntario. Yo estaré allí. Samuel estará allí. Si apareces con el *stick* en la mano y la boca cerrada, quizá descubras que tu rincón sigue aquí. Solo tienes que quitarle el polvo.

Lo veo alejarse por el pasillo, silbando una melodía despreocupada. Me quedo solo de nuevo, pero el silencio ya no se siente tan pesado. Por primera vez desde que aterricé, considero la posibilidad de que no he vuelto para recuperar mi pasado, sino para construir un presente donde, tal vez, no tenga que patinar siempre a la defensiva.

Me levanto, guardo el hielo y apago la luz del vestuario. Mañana a las seis.

CAPÍTULO 10: EL VÍDEO QUE LO CAMBIÓ TODO

La luz fluorescente de mi oficina parpadea, proyectando sombras alargadas sobre el cronograma de prensa que acabo de imprimir. Son casi las doce de la noche. El Ice Palace está en silencio, un gigante dormido que ignora la tormenta que estoy intentando contener.

Repaso las notas del partido de hoy. He conseguido que la prensa local compre la narrativa del «incidente por estrés de reentrada», pero sé que Marcus no se tragará esa excusa dos veces.

Un pitido agudo rompe el silencio. Mi ordenador anuncia un correo electrónico nuevo. No tiene asunto. El remitente es una cadena de números y letras sin sentido que grita «dirección temporal» a kilómetros de distancia.

Frunzo el ceño y hago clic. Solo hay un archivo adjunto: EU_91_Uncut.mp4.

El corazón me da un vuelco. Mi dedo duda sobre el ratón, pero la curiosidad profesional —o quizás el miedo personal— me obliga a pulsar el play.

La imagen es granulada, grabada desde lo que parece ser un teléfono móvil oculto tras una planta en un reservado de lujo en Londres. Reconozco a Jax de inmediato. Está sentado frente a un hombre trajeado, el mismo agente que Marcus mencionó. No hay audio al principio, solo el murmullo del local, hasta que el ángulo cambia.

En este vídeo, a diferencia del que se filtró hace meses, se ve lo que hay debajo de la mesa. Veo a Jax cogiendo un sobre abultado. Veo cómo cuenta el dinero con una expresión que no es de ambición, sino de pura desesperación. Pero lo que me hiela la sangre es lo que sucede después: Jax levanta la vista y mira directamente a la cámara oculta. Sonríe, una sonrisa rota y cargada de una culpa que ahora, con el zoom digital, parece un grito de auxilio.

—No puede ser —susurro, tapándome la boca con la mano.

Si este vídeo ve la luz, no habrá manual de conducta ni estrategia de imagen que lo salve. Es la prueba definitiva de corrupción deportiva. No solo destruiría a Jax; arrastraría a los Blizzard al fango y me enterraría a mí con ellos. Marcus no me enviará al departamento de archivos; me echará a los lobos.

Cierro el portátil de golpe, con las manos temblando de forma incontrolable. Tengo que encontrarlo. Necesito que me mire a los ojos y me diga que hay una explicación, aunque mi lógica me grite que no la hay.

Salgo de la oficina corriendo. Mis pasos resuenan en el pasillo vacío como disparos. Llego al aparcamiento, subo a mi coche y conduzco hacia la casa de Jax en la falda de la montaña, saltándome todos los límites de velocidad de Vail Creek.

Pero cuando doblo la última curva, los frenos chirrían.

La carretera está bloqueada. Tres furgonetas de prensa con antenas parabólicas y una horda de fotógrafos con chalecos reflectantes rodean la entrada de su propiedad. Los flashes iluminan la nieve como relámpagos constantes.

—Maldita sea —golpeo el volante con frustración.

Alguien más ha recibido ese correo. Y no ha sido para ayudarlo.

A lo lejos, veo la silueta de Jax recortada tras el ventanal de su salón, ajeno a que el mundo que intentaba reconstruir acaba de saltar por los aires. El hielo no se ha quebrado; ha desaparecido por completo bajo sus pies, y yo estoy al otro lado de la valla, viendo cómo el abismo se lo traga.

CAPÍTULO 11: CARRETERA AL AISLAMIENTO

Los flashes de los paparazzi rebotan contra los cristales de mi salón como ráfagas de ametralladora. Vail Creek se ha convertido en una jaula de cristal y yo soy el animal herido que todos quieren fotografiar antes de que lo sacrifiquen. El vídeo de Europa está en todas las pantallas, en cada red social, recordándome que el pasado no se entierra; solo espera a que estés distraído para arrastrarte al fondo.

Mi teléfono vibra sobre la mesa. No es un mensaje de apoyo. Es una orden directa de Marcus Thorne: *«Sal de ahí. Ahora. Sienna va de camino»*.

Apenas tengo tiempo de meter cuatro cosas en un macuto antes de escuchar el rugido de un motor potente frente a mi puerta. Un SUV negro de cristales tintados frena en seco, dispersando a los fotógrafos como moscas. La puerta del copiloto se abre y la silueta de Sienna aparece, imperturbable a pesar del caos.

—¡Sube, Jax! —grita ella por encima del clamor de las preguntas que la prensa me lanza a gritos.

Me lanzo al interior del coche y ella arranca antes de que termine de cerrar la puerta. El chirrido de los neumáticos sobre la nieve es el único sonido que compite con mi respiración agitada. Sienna conduce con una determinación feroz, con las manos apretadas al volante hasta que sus nudillos se vuelven blancos.

No dice nada. Cruzamos los límites del pueblo y nos adentramos en la carretera forestal que sube hacia las cumbres más altas, donde el asfalto deja paso a la grava y los pinos se vuelven tan densos que ocultan la luz de la luna.

Observo su perfil. La luz del salpicadero marca la línea afilada de su mandíbula y esa pequeña arruga de preocupación que se le forma entre las cejas. Lleva un abrigo de lana oscuro y el pelo, por fin, algo más relajado que su habitual coleta de hierro. Me doy cuenta de algo que me golpea más fuerte que el escándalo: está arriesgando su carrera por mí. Si alguien nos ve, si Marcus decide que ella es cómplice de mi silencio, Sienna lo perderá todo.

Y yo soy el hombre que la dejó tirada hace cinco años en una estación de tren.

—¿A dónde vamos? —pregunto. Mi voz suena extraña en el habitáculo cerrado, cargada de una culpa que no sé dónde poner.

—A la cabaña de seguridad de los Vane —responde ella sin mirarme. Su tono es gélido, profesional, pero noto un leve temblor en su voz—. Marcus cree que es el único lugar donde la prensa no llegará antes del amanecer. Estarás allí hasta que diseñemos una respuesta oficial que no huela a cárcel.

—Sienna... gracias por sacarme de allí.

Ella aprieta el freno al llegar a una curva cerrada y, por un segundo, me mira. Sus ojos castaños están llenos de una rabia contenida, de reproches que llevan cinco años madurando en la oscuridad.

—No me des las gracias, Jax. Lo hago por los Blizzard. Lo hago por mi trabajo. No confundas la logística con el perdón.

Vuelve a fijar la vista en la carretera. El silencio regresa, más espeso que la niebla que empieza a rodear el coche. Es un silencio que pesa, que me recuerda que estamos solos en mitad de la nada, atrapados en una proximidad que ambos tememos.

Estamos huyendo del mundo, pero ninguno de los dos puede huir de lo que el otro representa: la única persona capaz de destruirnos con una sola palabra.

CAPÍTULO 12: PAPEL MOJADO Y PROMESAS ROTAS

La cabaña de los Vane emerge entre la bruma como un fantasma de madera y piedra. Al apagar el motor, el silencio de la montaña se nos echa encima, pesado y frío. Este lugar debería traerme paz —es el refugio donde Erick y Marina reconstruyeron sus vidas—, pero hoy solo se siente como una celda de lujo para dos personas que han olvidado cómo hablarse.

—Entra —le digo a Jax, señalando la puerta con un gesto seco—. Yo traeré los suministros del maletero.

Él asiente, cargando su macuto con los hombros hundidos. Al entrar, el aire del interior está aún más gélido que el de fuera. Cruzo el umbral y me dirijo directamente al termostato, pulsando el interruptor con desesperación. Nada. Un chasquido metálico y luego un silencio sepulcral.

—La calefacción no arranca —mascullo, frotándome los brazos.

—Echaré un vistazo a la caldera después —responde Jax desde el centro del salón. Parece demasiado grande para este espacio, demasiado real—. Mientras tanto, puedes empezar a redactar ese comunicado que tanto te urge.

Me ignora y sube al piso de arriba para dejar sus cosas. Suelto un suspiro tembloroso y me instalo en la mesa de madera rústica. Abro el portátil, pero la señal de satélite es errática y mi concentración es nula. Necesito pruebas, algo que me ayude a entender qué demonios pasó en ese vídeo antes de que Marcus ejecute su sentencia.

Busco en mi bolso un cargador, pero mis dedos tropiezan con algo que no debería estar ahí. En el trasiego de la huida, Jax ha debido de meter por error una de sus libretas viejas en mi bolsa de trabajo. Es una agenda de cuero desgastado, con las esquinas dobladas y una cinta elástica que apenas la mantiene cerrada.

Debería dejarla a un lado. Mi manual de ética profesional dice que la privacidad del cliente es sagrada. Pero Jax no es un cliente normal, y yo no soy una santa.

Abro la libreta por la mitad. Mis ojos se abren de par en par.

No hay estrategias de juego ni contactos de agentes europeos. Lo que hay son recortes de papel pegados con un cuidado casi obsesivo. Son mis entradas del blog. Cada columna que escribí hace años, cuando solo era una estudiante de periodismo con sueños demasiado grandes y nadie me leía, está ahí. Hay notas al margen escritas con su caligrafía desordenada: «Esto es brillante», «Ella siempre supo que llegaría lejos», «Orgulloso de ti».

Incluso hay un recorte de mi primera nota de prensa para los Blizzard, manchado con lo que parece ser café o lágrimas.

Siento un nudo en la garganta que me impide tragar. Durante cinco años, me convencí de que yo solo era un recuerdo molesto para él, un lastre que soltó para poder volar más alto en Europa. Pero estos papeles... esto es una devoción silenciosa que ha viajado por medio mundo en el fondo de una maleta.

—Sienna, he encontrado algunas mantas en el... —La voz de Jax se corta al verme.

Él se queda paralizado en el último escalón. Sus ojos viajan de mi rostro a la libreta que sostengo entre mis manos. La palidez de su cara se transforma en un rubor de pura vergüenza y vulnerabilidad.

—No deberías haber visto eso —dice en un susurro, dando un paso hacia delante.

Cierro la libreta de golpe, pero es tarde. La máscara de frialdad que Marcus Thorne me ayudó a forjar acaba de sufrir su primera grieta profunda. El papel está mojado, no por la nieve, sino por la realidad de que el hombre que me rompió el corazón nunca dejó de observar cómo yo intentaba arreglar el mío.

—¿Por qué las guardaste, Jax? —mi voz tiembla, traicionándome.

Él no responde de inmediato. Se limita a mirarme, y en ese silencio, el frío de la cabaña deja de importar porque el fuego de lo que nunca murió empieza a calentar las paredes.

CAPÍTULO 13: CENIZAS EN LA CHIMENEA

El silencio en la cabaña tras el incidente de la libreta es tan denso que casi puedo tocarlo. Sienna se ha refugiado tras la pantalla de su portátil, pero sé que no está leyendo nada; sus dedos permanecen estáticos sobre el teclado mientras las llamas que acabo de prender proyectan sombras danzantes en las paredes de madera.

Me levanto de la chimenea, sacudiéndome el hollín de las rodillas. El calor del fuego empieza a ganar la batalla al frío de la montaña, y con él, las facciones de Sienna se suavizan. Ya no parece la ejecutiva implacable de los Blizzard; parece la chica que solía esconderse conmigo en el granero de su abuelo.

—El termostato está muerto, pero el fuego aguantará un par de horas —digo, caminando hacia la pequeña cocina integrada—. Deberíamos comer algo. El estómago vacío no ayuda a diseñar estrategias de salvación.

Sienna levanta la vista. Sus ojos todavía guardan ese rastro de desconcierto por lo que ha visto en mi libreta.

—No tengo hambre, Jax. Tengo demasiado trabajo acumulado como para pensar en cenar.

—Mientes —le respondo con una media sonrisa, abriendo la nevera que los Vane mantienen siempre surtida—. Tu estómago ha rugido hace diez minutos. Puedo preparar algo rápido. ¿Unos huevos con beicon? Es lo único que hay que no requiere un máster en cocina francesa.

Ella cierra el portátil con un suspiro de derrota y se acerca a la barra de la cocina. Se apoya en ella, observándome con una mezcla de sospecha y curiosidad.

—Yo no cocino, Jax. Marcus dice que el tiempo es dinero, y las ensaladeras de la oficina son muy eficientes. La última vez que intenté freír un huevo, terminé llamando a los bomberos porque la yema decidió que el techo era un mejor lugar para estar.

Suelto una carcajada limpia, la primera que sale de mi garganta en semanas. Ver a la perfecta Sienna admite una debilidad tan mundana me quita un peso de encima.

—¿La gran Sienna Thorne derrotada por una gallina? —Cojo la sartén y la pongo al fuego—. Acércate. Te daré una lección básica de supervivencia, princesa.

Ella duda, pero termina rodeando la barra. Me coloco detrás de ella, manteniendo una distancia prudencial pero lo suficientemente cerca como para notar el aroma a vainilla que desprende su pelo. Le pongo la espátula en la mano y guío su movimiento para que el aceite no salte.

—Suave —le susurro al oído—. El secreto está en la temperatura. Si vas demasiado rápido, se quema; si vas demasiado despacio, se queda crudo. Como en el hielo.

Sienna se tensa bajo mi toque, pero no se aparta. Por un segundo, la barrera de odio y reproches que nos separa parece transformarse en una curiosidad dolorosa. Sus dedos rozan los míos sobre el mango de la sartén y siento un chispazo eléctrico que me recorre el brazo. Cocinamos en un silencio diferente, uno que ya no pesa tanto. Comemos directamente de los platos, sentados en la alfombra frente a la chimenea. La luz del fuego tiñe su piel de un color ámbar que me hipnotiza. Por un instante, el vídeo de Europa, la prensa y Marcus Thorne están a un millón de kilómetros de distancia.

—¿Dónde aprendiste a cocinar así? —pregunta ella, dejando el tenedor a un lado—. En Vail Creek solo sabías calentar pizza en el microondas.

—En los inviernos de Rusia no hay muchas opciones de comida para llevar —respondo, y la sombra de Europa vuelve a cruzar por mi mente—. Tuve que aprender a cuidarme solo. Nadie iba a venir a salvarme, Sienna.

Ella me mira fijamente, y por la forma en que aprieta los labios, sé que la tregua está a punto de terminar. La curiosidad ha ganado la partida, y la pregunta que ambos hemos estado evitando flota en el aire, cargada de hiel.

CAPÍTULO 14: LA VERDAD TIENE SABOR A HIEL

El calor de la chimenea empieza a asfixiarme. La paz de hace unos minutos, con el sabor del huevo frito aún en la lengua y la cercanía de Jax quemándome la piel, se siente de repente como una traición a mi propio juicio. No he venido aquí para jugar a las casitas. He venido para evitar un naufragio.

Dejo el plato en el suelo y me pongo en pie, alejándome del resplandor ámbar del fuego. La frialdad de la cabaña me golpea de nuevo, recordándome quién soy.

—Dime qué hay en ese sobre, Jax —suelto sin preámbulos. Mi voz corta el aire como un látigo—. He visto el vídeo. El completo. Te vi coger el dinero, te vi mirar a la cámara. No me vengas con cuentos de inviernos rusos. Necesito la verdad si quieres que Marcus no te destruya mañana mismo.

Jax se tensa. Su mandíbula se marca con una fuerza violenta y deja el tenedor sobre el plato con un tintineo metálico que resuena en toda la estancia. Se levanta despacio, como un depredador que se ve acorralado, y me clava una mirada cargada de una hiel que me revuelve el estómago.

—Ya has visto lo que hay, Sienna. Dinero. Un intercambio. ¿No es eso lo que esperabas de mí? El chico malo que se vende al mejor postor.

—¡No me vengas con ese papel de mártir incomprendido! —le grito, dando un paso hacia él—. Te estoy ofreciendo mi carrera, mi reputación y mi futuro en los Blizzard. Estoy aquí, escondida en una montaña, arriesgándolo todo por un hombre que ni siquiera tiene la decencia de decirme por qué se vendió. No puedo salvar a alguien que tiene tantas ganas de hundirse, Jax.

Él suelta una risa amarga, una que suena a cristales rotos. Se acerca a mí, invadiendo mi espacio hasta que el olor a leña y a sudor frío me marea.

—¿Salvarme? —sisea—. Tú no quieres salvarme a mí, Sienna. Quieres salvar tu impecable historial de relaciones públicas. Quieres que el "activo" no pierda valor.

—¡Eso es mentira y lo sabes! —le empujo el pecho con ambas manos, frustrada por su muro de arrogancia—. ¡Me fui de esa estación de tren destrozada porque me abandonaste sin una palabra! Y ahora vuelves y pretendes que te defienda a ciegas. ¡Dime por qué lo hiciste!

Jax me agarra de las muñecas. Sus manos son enormes, calientes, y tiemblan ligeramente. Por un segundo, la furia en sus ojos se apaga, dejando paso a una desesperación tan cruda que me obliga a dejar de respirar.

—No me fui porque quisiera dejarte —suelta de golpe, con la voz rota—. Me fui porque no tenía otra opción. Ese dinero... ese sobre no era para mí. Estaban amenazando con destruir a alguien que no tenía tu fuerza para defenderse. Si no aceptaba ese trato, si no me iba a Europa cargando con la culpa, la carrera de esa persona habría terminado en una celda.

Me quedo paralizada. Sus dedos aflojan la presión en mis muñecas, pero no me suelta. El silencio de la cabaña se vuelve ensordecedor.

—¿De quién hablas, Jax? —susurro, sintiendo cómo el suelo tiembla bajo mis pies.

—No puedo decírtelo. Todavía no. —Él aparta la mirada, y la sombra del sacrificio que insinúa se proyecta entre nosotros como un abismo—. Solo quédate con esto: preferí que me odiaras por irme a que me vieras caer intentando proteger algo que ya estaba podrido.

Se da la vuelta y sale de la cocina, dejándome sola frente a las brasas de la chimenea. La verdad tiene sabor a hiel, pero lo que más me duele es darme cuenta de que, durante cinco años, he odiado a un hombre por un pecado que cometió para salvar a alguien más.

El problema es que, en el mundo de Marcus Thorne, los sacrificios no limpian los expedientes. Y ahora tengo una pieza del rompecabezas que no sé dónde encajar sin que todo estalle por los aires.

CAPÍTULO 15: PATINANDO SOBRE CRISTALES

El amanecer en la montaña no es una transición, es una herida azul que sangra luz sobre la nieve. El aire es tan puro que quema, pero es el único remedio que conozco para la opresión que me dejó la confesión de anoche. Salgo de la cabaña con los patines al hombro, dejando atrás el calor de las brasas y el aroma a vainilla que todavía impregna el salón.

El lago, junto a la cabaña, es una placa de cristal perfecto. No hay máquinas que lo alisen, solo el frío implacable de la noche de Vail Creek. Me calzo los patines sobre el tronco de un pino caído y me deslizo hacia el centro de la superficie blanca.

El primer corte de la cuchilla sobre el hielo es como un interruptor.

Empiezo a patinar con una velocidad que roza la imprudencia. No busco la técnica de los Blizzard, busco el agotamiento. Cruzo el lago en zancadas largas, sintiendo cómo el viento me azota la cara y congela las lágrimas de rabia que no me permito soltar. Giro, freno en seco levantando una nube de polvo helado y vuelvo a arrancar. Soy un animal enjaulado que por fin ha encontrado espacio para correr.

Me detengo un segundo, jadeando, y la veo.

Sienna está en el porche de la cabaña, envuelta en una manta de lana gruesa. No se mueve. Me observa con una intensidad que atraviesa la distancia, como si estuviera tratando de leer los surcos que dejo en el hielo. Sé que me ve diferente aquí fuera; ya no soy el activo problemático ni el exnovio traidor. Soy solo yo y el hielo.

Decido arriesgarme. Patino hacia la orilla, cerca de donde ella está, y ejecuto un giro cerrado. El hielo cruje bajo mis pies, un sonido seco y amenazador.

—Está sólido, Sienna —le grito, aunque mi respiración es un vapor espeso—. Ven aquí.

Ella niega con la cabeza, apretando la manta contra su pecho.

—No tengo patines, Jax. Y tengo un informe que terminar.

—Olvida el informe. Solo un minuto.

Vuelvo al centro del lago y, para obligarla a reaccionar, fuerzo un giro innecesario y me dejo caer. El golpe de mi cadera contra el hielo suena más fuerte de lo que es en realidad. Me quedo inmóvil, boca arriba, mirando el cielo que empieza a teñirse de rosa.

Funciona. Escucho sus pasos apresurados sobre la nieve y luego el sonido delicado de sus botas de cuero sobre el cristal.

—¡Jax! ¿Estás bien? —Su voz suena cargada de un pánico que no puede ocultar.

Llega a mi lado patinando torpemente con sus botas de calle. Se inclina sobre mí, y su pelo cae hacia delante, rozándome la mejilla. Le agarro las manos antes de que pueda protestar y tiro de ella hacia abajo, obligándola a sentarse a mi lado sobre la superficie gélida.

—Eres un idiota —jadea, con las mejillas encendidas por el frío y el susto—. Casi me das un síncope.

—Tenía que bajarte de ese porche de alguna manera —respondo, sin soltar sus manos.

Nos quedamos allí, sentados en mitad de la nada, sobre una capa de agua congelada que podría romperse en cualquier momento. El contacto de sus manos desnudas con las mías es eléctrico, una corriente que me recorre la columna y me recuerda que, a pesar de los años y las mentiras, el magnetismo sigue intacto.

Sienna mira hacia abajo, al hielo transparente bajo nosotros.

—Parece que vamos a caernos en cualquier segundo —susurra, y sé que no habla solo del lago.

—Entonces nos caeremos juntos —le digo, apretando sus dedos —. Como hacíamos antes.

Ella levanta la vista y, por un instante eterno, no hay reproches. Solo hay dos personas sosteniéndose sobre una superficie resbaladiza, tratando de encontrar el equilibrio en un mundo que quiere verlos hundirse. La tensión sexual es un tercer pasajero entre nosotros, tan real como el frío, y cuando ella se inclina apenas un milímetro hacia mí, el aire se detiene por completo.

Pero el hielo vuelve a crujir, recordándonos que la realidad sigue ahí fuera, esperando a que el sol termine de salir.

CAPÍTULO 16: EL PRECIO DE UNA TRAICIÓN

El frío del lago todavía me muerde los huesos cuando entro de nuevo en la cabaña. El calor de las manos de Jax sigue quemándome las palmas, una sensación que intento sacudirme mientras me acerco a la encimera para buscar mi teléfono. La pantalla parpadea con una llamada perdida de un número con prefijo de Michigan.

Detroit.

Me alejo hacia el rincón más alejado del salón, cerca del ventanal que da al bosque, y devuelvo la llamada. Mi instinto de relaciones públicas está en alerta máxima.

—Sienna Thorne al habla.

—Sienna, qué alegría que devuelvas la llamada tan rápido. Soy Howard Vance, de los Detroit Red Wings. —La voz al otro lado es pura seda y veneno—. Hemos estado siguiendo de cerca el... pequeño incendio forestal que tenéis en Vail Creek con el señor 91.

Me tenso. Howard es un tiburón que ha devorado carreras más largas que la mía.

—Si llamas para pedir declaraciones oficiales, Howard, tendrás que esperar al comunicado de mañana. Estamos gestionando la situación.

—No llamo por el comunicado, querida. Llamo por ti. —Hace una pausa dramática—. Marcus Thorne te está usando como escudo humano. Si Jax cae, tú caerás con él. Detroit necesita una jefa de comunicación que sepa cuándo abandonar un barco que se hunde. Tenemos una oferta sobre la mesa: un contrato de siete cifras y la dirección global de imagen.

Siento un mareo repentino. Es el puesto con el que he soñado desde que salí de la facultad. La cima del mundo del hockey.

—¿A cambio de qué, Howard? Nada es gratis en esta liga.

—Solo necesitamos una confirmación. Una filtración anónima que asegure que el vídeo de Europa es real y que los Blizzard conocían los pagos ilegales. Si Jax queda fuera de la liga, nosotros ganamos

terreno y tú ganas el trono que te mereces. Piénsalo. Tienes hasta que salga el sol.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando el bosque nevado. Siete cifras. Un despacho en Detroit. El fin del miedo a Marcus Thorne. Solo tengo que empujar a Jax al abismo, un abismo en el que él mismo se metió.

Me giro y lo veo. Jax está subido a una silla vieja, con una llave inglesa en la mano, intentando apretar una tubería que gotea sobre la encimera de la cocina. Tiene una mancha de grasa en la mejilla y el pelo revuelto. Se ve tan real, tan extrañamente doméstico en su intento de ser útil, que el nudo en mi garganta se aprieta.

—¿Quién era? —pregunta él sin mirarme, concentrado en la gotera.

—Nadie —miento, y la palabra me sabe a ceniza—. Solo la oficina central pidiendo actualizaciones.

Él baja de la silla y me mira. Sus ojos buscan los míos, tratando de encontrar a la chica del lago de hace una hora, pero yo ya he vuelto a levantar el muro. Si Howard sabe dónde estoy, significa que la red se está cerrando.

—Sienna, si esto se pone feo para ti... si Marcus te presiona... —Jax deja la llave inglesa a un lado y da un paso hacia mí—. No te hundas conmigo. No vale la pena.

Le observo en silencio. No sabe que acabo de tener su sentencia de muerte en mi mano y que he estado a punto de firmarla por un despacho con vistas. El peso de la lealtad es una carga física que me aplasta los hombros.

—Termina con esa gotera, Jax —le digo, sentándome de nuevo frente al portátil—. Tengo que hacer unas llamadas.

No voy a aceptar la oferta de Detroit. Pero tampoco voy a dejar que Jax sepa que estoy jugando a dos bandas. Voy a usar la oferta de Howard para rastrear quién filtró el vídeo original. Si quiero salvar a Jax y mantener mi cabeza sobre los hombros, tengo que ser más tiburón que Howard y más implacable que Marcus.

Empiezo a teclear con una furia renovada. El precio de la traición es alto, pero el precio de perderlo a él por segunda vez es algo que, sencillamente, no puedo permitirme pagar.

CAPÍTULO 17: SONRISAS DE ESCAPARATE

El traje de etiqueta me aprieta los hombros como una armadura que no he pedido. Mientras Sienna ajusta mi pajarita en el asiento trasero del SUV, el olor de su perfume —una mezcla de cítricos y algo que me recuerda a las mañanas de invierno— invade mis sentidos. Estamos de vuelta en el corazón de Vail Creek, a pocos metros de la alfombra roja de la Gala Benéfica de los Blizzard.

—Escúchame bien, Jax —dice ella, sin dejar de mirarme a los ojos con esa intensidad profesional que me hiela la sangre—. Los patrocinadores necesitan ver estabilidad. Marcus necesita ver que te tengo bajo control. Así que vas a salir ahí fuera y vas a fingir que soy lo mejor que te ha pasado desde que descubriste el hockey.

—Fingir —repito, y la palabra me sabe a hiel.

—Fingir. Sonríe, ponme la mano en la cintura y susúrrame cosas al oído como si estuviéramos planeando nuestra fuga. Si te preguntan por el vídeo, di que es un malentendido que tu "maravillosa jefa de prensa" está solucionando. ¿Entendido?

Asiento en silencio. La puerta se abre y el caos nos recibe.

Los flashes son fogonazos cegadores que rebotan en la nieve recién caída. Salgo del coche y le tiendo la mano a Sienna. Ella la acepta con una elegancia que me deja sin aliento. Lleva un vestido de seda azul medianoche que se ciñe a sus curvas como una segunda piel.

Caminamos hacia el photocall. Rodeo su cintura con el brazo, atrayéndola hacia mí más de lo estrictamente necesario. Siento el calor de su cuerpo a través de la seda y el ligero estremecimiento que recorre su espalda cuando mis dedos se hunden en el lateral de su cadera.

—Lo estás haciendo muy bien —me susurra ella con una sonrisa de escaparate, sin dejar de mirar a las cámaras—. Ahora dime algo que parezca íntimo.

Me inclino hacia su oído, dejando que mis labios rocen apenas el lóbulo de su oreja. El vello de su nuca se eriza.

—Lo que no saben es que no necesito fingir para querer tenerte así de cerca, Sienna —le digo en voz baja.

Ella se tensa por un segundo, pero mantiene la sonrisa profesional. Seguimos avanzando por el salón, saludando a donantes y directivos. Me porto como el caballero perfecto: le acerco la copa, le aparto la silla, mantengo mi mano posesiva sobre su espalda baja durante toda la cena.

El problema es que, a medida que avanza la noche, la actuación empieza a devorarme. Cada vez que me mira para comprobar que sigo el guion, veo a la chica que conocí, no a la empleada de Marcus. Y cada vez que le susurro una broma para que los fotógrafos capten su risa, mi corazón golpea mis costillas con una fuerza que no tiene nada que ver con el teatro.

Cuando la gala termina y por fin nos refugiamos en la penumbra del pasillo que lleva al aparcamiento, lejos de los ojos indiscretos, Sienna se detiene en seco y exhala un suspiro de alivio.

—Ha sido perfecto, Jax. Mañana los titulares dirán que somos el equipo más unido de la liga. Ya puedes soltarme.

Bajo la vista a mi mano, que sigue anclada en su cintura. Debería apartarla. Debería volver a ser el jugador problemático y ella la jefa implacable. Pero mis dedos se niegan a obedecer. La calidez de su piel a través del vestido es lo único real que he sentido en años de exilio.

—¿Y si no quiero hacerlo? —pregunto, dando un paso que reduce la distancia a cero.

Sienna levanta la mirada, y por un instante, la máscara de relaciones públicas desaparece por completo. En sus ojos no hay notas de prensa ni estrategias; hay un hambre que se parece demasiado a la mía.

Las cámaras se han apagado, pero el fuego que acabamos de encender para engañar al mundo amenaza con quemarnos a nosotros primero.

CAPÍTULO 18: LA CÁMARA NO MIENTE

Son las tres de la mañana y la luz azul de mi tableta es lo único que ilumina mi habitación. Debería estar durmiendo; mañana tengo una reunión a primera hora con los abogados del club para desmenuzar el contrato de Jax, pero mis dedos no dejan de deslizarse por la galería de imágenes que la agencia de prensa acaba de enviarme para su aprobación.

Paso fotos de la gala: Jax sonriendo a cámara, Jax estrechando la mano de un senador, Jax y yo posando con esa perfección plástica que Marcus Thorne exige. Son buenas fotos. Cumplen su función. Son mentiras hermosas.

Hasta que llego a la última carpeta. "Descartes y robadas".

Me detengo en una imagen captada por un paparazzi desde un ángulo lateral, entre dos columnas de hielo del salón. Es una foto descuidada, ligeramente desenfocada, tomada justo cuando creíamos que nadie miraba. Yo estoy de perfil, ajustándome el pendiente, distraída con algo que alguien decía a lo lejos. Pero Jax...

Jax me está mirando.

Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con el clima de Vail Creek. No es la mirada de un cliente a su jefa de prensa. No es la mirada de un actor siguiendo un guion de "fingir que me adoras". Es una mirada de devoción absoluta, cargada de una vulnerabilidad que me corta la respiración. Sus ojos están fijos en mí con una mezcla de hambre, arrepentimiento y un amor tan antiguo y profundo que parece dolerle.

Es la mirada de alguien que nunca se fue del todo. De alguien que está irremediablemente enamorado.

—Maldita sea, Jax —susurro a la oscuridad.

Cierro la tableta de golpe, como si la imagen pudiera quemarme. Mi plan de "solo negocios" se está desmoronando piedra a piedra. Me he pasado cinco años construyendo una fortaleza de cinismo para protegerme de él, y en una sola foto, él la ha dinamitado sin decir una palabra.

Mi teléfono vibra sobre la mesilla. El nombre de Marcus Thorne aparece en la pantalla. A estas horas, solo significa una cosa: problemas.

—Dime, Marcus.

—He visto las pruebas de la gala, Sienna —su voz suena más grave de lo habitual, desprovista de su habitual cortesía gélida—. La prensa está encantada. Los patrocinadores han vuelto a firmar. Pero yo no soy la prensa.

Me quedo en silencio, con el corazón golpeando mis costillas.

—Te di una orden clara —continúa él—. Objetividad. Distancia. Veo cómo lo miras en ese salón, Sienna. Y veo cómo él te mira a ti. Si permites que tus sentimientos por ese chico nublen tu juicio sobre lo que es mejor para los Blizzard, te juro que ambos estaréis fuera antes de que termine la semana. No dejes que la nostalgia arruine tu carrera.

Cuelga sin esperar respuesta. Me quedo mirando el techo, sintiendo el peso de la amenaza de Marcus y el calor de la mirada de Jax en la foto.

He pasado años intentando demostrar que soy la mejor en lo mío, que soy la discípula perfecta del Arquitecto. Pero la cámara no miente. El problema no es que Jax esté enamorado de mí; el problema es que, por mucho que intente negarlo, yo estoy empezando a recordar exactamente por qué él fue el primero en romperme el corazón.

Y Marcus Thorne tiene razón en algo: la objetividad ha muerto. Ahora solo queda la supervivencia.

CAPÍTULO 19: UN GOL PARA EL PERDÓN

El frío del hielo sube por mis patines, pero no logra enfriar la presión que me martillea las sienes. El marcador del Ice Palace brilla con una crueldad roja: 2-2. Quedan menos de tres minutos para que termine el tercer periodo y el público de Vail Creek, ese que hace una semana me abucheaba, guarda ahora un silencio expectante, cargado de una tensión eléctrica.

Siento el peso de la mirada de Samuel Vance a mi izquierda. Siento el aliento pesado de los defensas rivales. Pero, sobre todo, siento el palco de prensa a mis espaldas. No necesito girarme para saber que Sienna está ahí, con los nudillos blancos de tanto apretar su tableta, jugándose su futuro en cada una de mis zancadas.

—¡Jax, muévete! —ruge Samuel mientras despeja un disco desde nuestra zona defensiva.

El puck sale disparado por la banda. Arranco. Mis piernas queman, pero ignoro el dolor. Supero al primer defensa con un amago que me enseñaron en las ligas rusas, un movimiento sucio y rápido que lo deja clavado en el hielo. El disco es mío.

Cruzo la línea azul. El portero rival se agazapa, cerrando los ángulos. El tiempo parece ralentizarse. Escucho los latidos de mi corazón compitiendo con el roce de mis cuchillas sobre el cristal. Podría pasarle el disco a Julián Ricci, que entra por el ala derecha, pero hoy no se trata de jugar seguro. Se trata de demostrar que sigo aquí.

Hago un giro de muñeca violento. El puck sale disparado como una bala, golpea el poste interno y entra en la red con un sonido metálico que es la música más dulce que he escuchado en años.

La bocina ruge. El estadio estalla en un grito ensordecedor que hace vibrar hasta los cristales del techo. Mis compañeros se lanzan sobre mí, golpeándome los hombros, celebrando la victoria que nos mete de lleno en los playoffs.

Pero yo no celebro con ellos.

Me zafo del abrazo de Julián y patino lentamente hacia el centro de la pista, lejos del tumulto. Levanto la cabeza hacia la cabina de

prensa. Localizo su silueta tras el cristal. Sienna está de pie, con la mano en el pecho, mirándome con una expresión que no es profesional ni distante. Es pura emoción.

Llevo mi mano enguantada al lateral de mi casco y le doy dos toques rápidos con el dedo índice.

Es nuestro código. Un gesto que inventamos cuando teníamos diez años y jugábamos en el estanque congelado detrás de su casa; significaba: «Lo he hecho por ti».

El mundo entero cree que acabo de marcar el gol de la victoria para los Blizzard. Creen que he salvado el partido. Pero la verdad es que ese disco solo tenía un destino: el perdón de la mujer que me está mirando desde arriba.

Sienna asiente casi imperceptiblemente y se retira de la cristalera. El estadio sigue gritando mi nombre, pero mientras patino hacia el vestuario, el ruido de la multitud me suena lejano. He recuperado el hielo, he recuperado el respeto del equipo, pero nada de eso importa si no consigo recuperar lo que perdí en aquella estación de tren.

CAPÍTULO 20: LA FRAGILIDAD DEL TIPO DURO

El rugido del estadio todavía vibra en las paredes de hormigón, pero a medida que me interno en los pasillos que llevan a los vestuarios, el sonido se transforma en un zumbido sordo. He esquivado a tres periodistas y he ignorado una llamada de Marcus. Solo necesito verle. Ese gesto en el hielo... esos dos toques en el casco han derribado los últimos restos de mi resistencia.

Entro en el vestuario de los Blizzard. Está vacío; el resto del equipo ya debe de estar en la sala de fisioterapia o celebrando en la zona mixta. Pero Jax no está con ellos.

Lo encuentro al fondo, en el rincón más oscuro, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra las taquillas de metal. Todavía lleva los pantalones del uniforme, pero se ha quitado la camiseta y las protecciones. Sus hombros, esos que hace diez minutos parecían capaces de cargar con todo el equipo, ahora tiemblan de forma violenta. Tiene la cabeza entre las rodillas y sus manos se entierran en su pelo con una desesperación que me corta la respiración.

—¿Jax? —susurro, acercándome despacio.

Él suelta un jadeo entrecortado, una lucha agónica por meter aire en unos pulmones que parecen haberse cerrado. No me mira. Está atrapado en una espiral de ansiedad, abrumado por el peso de las mentiras, el vídeo y el odio que todavía siente latir bajo los aplausos de la grada.

—No puedo... Sienna, no puedo más —consigue articular con una voz que suena a cristal roto.

Me olvido de Marcus Thorne. Me olvido de las cámaras. Me olvido de que soy la jefa de prensa y de que este hombre es un "activo en crisis". Me dejo caer de rodillas frente a él, ignorando el frío del suelo, y lo rodeo con mis brazos.

Jax se tensa por un segundo, como si esperara un golpe, pero luego se derrumba contra mí. Esconde la cara en el hueco de mi cuello, buscando refugio. Siento el calor de su piel sudorosa y el ritmo errático de su corazón golpeando contra mi pecho. Sus dedos

se clavan en la tela de mi chaqueta de seda, arrugándola, destruyendo mi armadura profesional.

—Shhh... ya está. Estoy aquí —le susurro al oído, acariciando su nuca con una ternura que creía haber olvidado hace cinco años.

El odio que cultivé durante tanto tiempo muere en este preciso instante. Ya no queda rastro del rencor por la estación de tren ni de la furia por el escándalo de Europa. Solo queda la necesidad de proteger a este hombre roto que ha intentado salvar al mundo entero menos a sí mismo.

Jax levanta la cabeza muy despacio. Sus ojos están enrojecidos, empañados por una vulnerabilidad que me desarma por completo. Sus labios están a escasos centímetros de los míos y su respiración empieza a acompasarse con la mía. El silencio del vestuario se vuelve denso, cargado de una electricidad que ya no es rabia, sino puro deseo contenido durante media década.

Él acuna mi rostro con una mano temblorosa. Su pulgar roza mi labio inferior y yo cierro los ojos, rindiéndome a la evidencia de que nunca dejé de pertenecerle.

Justo cuando sus labios rozan los míos, el sonido seco de una bota contra el suelo nos separa.

—¡Eh! ¿Hay alguien aquí? —La voz del guardia de seguridad resuena desde la entrada—. Tenemos que cerrar el acceso al túnel.

Me separo de Jax de un salto, alisándome la ropa con manos torpes. El hechizo se rompe, dejándonos a ambos jadeando en la penumbra. Él me mira con una mezcla de gratitud y una promesa silenciosa que me hace temblar más que el frío del hielo.

—Vete, Sienna —dice en un susurro ronco, recuperando un ápice de su fuerza—. No dejes que te vean así conmigo.

Salgo del vestuario con el corazón en la garganta. He cruzado la línea. Ya no hay vuelta atrás. Mañana tendré que elegir bando, y sé que, haga lo que haga, el precio por salvar a Jax va a ser mucho más alto de lo que imaginé.

CAPÍTULO 21: EL ARTE DE RECUPERARTE

El hielo de la pista principal brilla bajo los focos, pero mi mente está a unos cuantos metros de aquí, en la oficina acristalada donde Sienna se atrinchera tras sus comunicados de prensa. El "casi beso" del vestuario ha cambiado algo en el aire de Vail Creek. Ya no me conformo con sobrevivir; he decidido que voy a recuperarla, aunque tenga que derretir cada centímetro de su armadura profesional.

He dejado de ser el chico que esperaba a que ella dictara las reglas. Ahora, el juego es mío.

Entro en la cafetería del estadio antes del entrenamiento matutino. La empleada ya sabe lo que busco: un café con leche de avena, doble de espresso y una pizca de canela. El café exacto que Sienna tomaba cuando estudiábamos para los exámenes finales en la biblioteca del instituto.

—Ponle una tapa de seguridad —le pido—. Tiene un largo camino hasta el piso de arriba.

Antes de salir, saco una pequeña tarjeta de mi bolsillo. No es una nota de amor empalagosa; es una cita que copié ayer de un libro de viejo en la librería de Don Mateo. «El invierno no es una estación, es una preparación para lo que viene después». Debajo, solo firmo con el número 91.

Subo a la zona de oficinas antes de que llegue el grueso del personal. Dejo el café sobre su escritorio, justo al lado de su agenda perfectamente organizada. El aroma a canela empieza a reclamar el espacio que antes olía solo a papel y desinfectante.

A mediodía, durante el descanso, la veo desde el túnel. Ella camina con su tableta, hablando por teléfono, pero lleva el vaso de café en la mano. Se detiene un segundo, mira la nota y una pequeña sonrisa —casi imperceptible, una sombra de la Sienna que yo amaba— cruza sus labios antes de recuperar su máscara de hierro.

Es suficiente por hoy.

—Te veo distraído, 91 —dice Julián Ricci, dándome un toque con el stick en las espinilleras—. ¿Estás diseñando jugadas o escribiendo

poemas?

—Estoy aprendiendo a patinar sobre un hielo diferente, Rayo — respondo, ajustándome los guantes.

Durante el entrenamiento, me aseguro de que me vea. No juego con la agresividad de un matón, sino con la precisión de un maestro. Quiero que entienda que el chico rebelde que rompía manuales ha crecido, que el exilio en Europa me enseñó a valorar lo que perdí.

Al terminar, paso por su oficina de nuevo. Ella no está, pero ha dejado la tarjeta de Don Mateo sobre su teclado. Es una señal. Una invitación silenciosa a seguir intentándolo.

Me doy cuenta de que recuperarla no va a ser un sprint, sino un partido de resistencia. Pero estoy dispuesto a jugar cada periodo, a encajar cada golpe de Marcus Thorne y a esperar en la zona de castigo si es necesario. Porque por primera vez en cinco años, el objetivo no es el disco en la red. El objetivo es volver a ser el hombre que ella vea cuando apague las luces de su oficina.

Soy el número 91 de los Blizzard, el paria de Europa, el chico malo de Vail Creek. Pero, por encima de todo, soy el hombre que se ha vuelto a enamorar de la única mujer que nunca pudo olvidar.

CAPÍTULO 22: MUROS DE HORMIGÓN

El aroma a canela sigue flotando en mi oficina como un reproche silencioso. El vaso de café está vacío, pero la nota de la librería de Don Mateo quema sobre mi escritorio. La caligrafía de Jax, esa mezcla de trazos rudos y letras que parecen querer pedir perdón, es un recordatorio constante de que el muro que construí con tanto esfuerzo está empezando a parecerse más a un castillo de naipes.

—Sienna, los planos del salón para la Gran Gala Benéfica. —La voz de Marcus Thorne me saca de mis pensamientos.

Entra en mi despacho sin llamar, como siempre, irradiando esa autoridad gélida que antes me inspiraba respeto y ahora me provoca una punzada de ansiedad. Deja una carpeta sobre mi mesa y se apoya en el borde, observándome con ojos de halcón.

—La gala es en tres días. Los patrocinadores quieren ver al equipo unido, pero sobre todo, quieren ver que el escándalo de Europa ha sido enterrado bajo una montaña de buenas acciones. Mantén a Jax atado en corto, Sienna. No quiero más arrebatos en el hielo ni más miradas melancólicas en los pasillos.

—Jax se está comportando, Marcus —respondo, tratando de que mi voz no tiemble mientras deslizo la nota de la librería bajo unos informes—. Ha subido su rendimiento y la prensa está empezando a centrarse en sus goles.

—No te he pedido un análisis de su juego, te he pedido control —Marcus se inclina hacia delante, reduciendo el espacio entre nosotros —. Sé que tienes una historia con él. No soy ciego. Pero recuerda quién te dio esta oportunidad cuando nadie más confiaba en una recién graduada. Si Jax vuelve a patinar, te aseguro que tú serás la primera en caer al hielo roto.

Cuando la puerta se cierra tras él, me desplomo en mi silla. "Control". Es una palabra irónica viniendo de alguien que no sabe que mi pulso se acelera cada vez que escucho el roce de las cuchillas de Jax en el túnel.

Intento refugiarme en los detalles de la gala: el catering, la lista de invitados, la subasta de equipaciones. Pero mi mente vuelve una

y otra vez a su confesión en la cabaña. *«No me fui porque quisiera dejarte»*.

¿Y si Jax no es el villano que todos creen? ¿Y si la historia de corrupción en Europa tiene matices que nadie se ha molestado en mirar? El dilema ético me corroe. Mi cerebro me grita que sea profesional, que proteja la marca de los Blizzard y, con ella, mi propia carrera. Pero mi cuerpo... mi cuerpo recuerda la calidez de su piel en el vestuario y la forma en que me sostuvo en el lago helado.

Miro el reloj. Es casi la hora del entrenamiento de la tarde. Sé que si bajo a la pista, lo veré. Sé que si me cruzo con su mirada, mis muros de hormigón seguirán agrietándose hasta que no quede nada.

Soy la jefa de relaciones públicas de uno de los equipos más importantes de la NHL. Se supone que yo soy la que controla la narrativa. Pero ahora mismo, la única narrativa que me importa es la que Jax escribe con cada pequeño detalle, con cada café y cada nota, recordándome que algunas deudas de amor no se pueden saldar con un comunicado de prensa.

Aprieto los puños y me obligo a abrir el archivo de la gala. Pero mientras mis dedos teclean nombres de donantes, mi corazón sigue contando los minutos para volver a ver al número 91. El profesionalismo es una armadura magnífica, pero es terriblemente fría cuando el hombre que una vez amaste está intentando volver a encender tu fuego.

CAPÍTULO 23: LECCIONES DE UN VANCE

El vestuario huele a cinta de agarre, sudor y ese vapor metálico que solo el hielo recién cortado desprende. Me estoy desatando los patines, con la mente todavía anclada en la sonrisa que Sienna intentó ocultar tras el vaso de café esta mañana. Es una distracción peligrosa, lo sé. En la NHL, si quitas los ojos del disco por un segundo, terminas estampado contra la valla.

—Vas a desgastar el cuero si sigues tirando así de los cordones, 91.

Levanto la vista. Tyler Vance está sentado en el banco de enfrente, con el torso desnudo y las cicatrices de mil batallas sobre el hielo marcando su piel. Tyler no es de los que hablan mucho, pero cuando lo hace, el vestuario suele quedarse en silencio. Él sabe lo que es estar en el ojo del huracán; su propia historia con la prensa no fue precisamente un paseo por las nubes.

—Solo pensaba en el partido del sábado —miento, dejando caer el patín al suelo con un golpe seco.

Tyler suelta una risa corta, carente de humor, y se inclina hacia delante apoyando los codos en las rodillas. Sus ojos, oscuros y penetrantes, parecen leer mi historial de búsqueda de Google.

—No pensabas en el sábado. Pensabas en la rubia que dirige la comunicación del equipo. La que te mira como si fueras un milagro y un desastre ferroviario al mismo tiempo.

Me tenso. En los Blizzard, nada pasa desapercibido, especialmente para un Vance.

—Sienna y yo... es complicado, Tyler. Ella tiene un trabajo que proteger y yo tengo un pasado que me pisa los talones.

—Escúchame bien —Tyler se pone en pie, su sombra proyectándose sobre mí como una advertencia—. Sé lo que es la obsesión. Sé lo que es querer a una mujer tanto que el resto del mundo parece ruido blanco. Pero si vas a ir tras ella, prepárate para que el mundo te odie.

Se acerca a su taquilla y saca una camiseta limpia, pero se detiene antes de ponérsela.

—A la prensa no le gustan los finales felices, Jax. Les gusta la sangre. Les gusta ver cómo el chico malo arrastra a la chica perfecta al barro. Si de verdad la quieres, vas a tener que ser más duro que el hielo de enero. Porque en cuanto Marcus Thorne o los tabloides huelan que sois algo más que "compañeros de trabajo", van a ir a por su cuello, no a por el tuyo. A ti te perdonarán un gol fallado, a ella no le perdonarán haber perdido la objetividad por un tipo con un vídeo turbio en Europa.

Me quedo en silencio, procesando la crudeza de sus palabras. Tyler tiene razón. Mi redención tiene un precio, y no soy yo quien va a pagarlo más caro. Es ella.

—¿Vale la pena? —pregunto, con la voz apenas audible por encima del zumbido del aire acondicionado.

Tyler termina de vestirse y se cuelga la bolsa de deporte al hombro. Antes de salir, se detiene y me dedica una mirada cargada de una sabiduría que solo se gana perdiéndolo todo y volviendo a empezar.

—Para mí, valió cada maldito segundo de infierno. Pero asegúrate de que ella también esté dispuesta a quemarse. Si no, solo estarás rompiéndole el corazón por segunda vez.

Se marcha sin decir nada más, dejándome solo con el eco de sus palabras. Reafirmo mi agarre sobre el banco de madera. Sé que el mundo me está esperando con las garras afiladas, pero después de cinco años de frío, prefiero arder con Sienna que seguir patinando solo en la sombra.

La gala es en dos días. Y va a ser el momento de decidir si somos un secreto que proteger o una verdad por la que vale la pena luchar.

CAPÍTULO 24: LA GALA DE LAS MÁSCARAS

El gran salón del hotel Vail Ridge se ha transformado en un palacio de cristal y terciopelo negro. Cientos de máscaras de filigrana plateada ocultan los rostros de la élite de Colorado, pero no pueden ocultar las ambiciones ni los cuchicheos que flotan sobre las copas de champán.

Llevo un vestido de seda negra que se ciñe a mi cuerpo como una armadura líquida, con la espalda descubierta hasta la base de la columna. Mi máscara es sencilla, de encaje oscuro, pero mis ojos no dejan de escanear la sala.

Siento la mirada de Marcus Thorne en la nuca. Está de pie junto a un grupo de inversores, observándome con la frialdad de un ajedrecista que teme que su reina se mueva por libre. Cada vez que sonrío a un patrocinador, siento el peso de su advertencia: objetividad o despido.

Entonces, el aire de la sala parece cambiar de densidad.

Jax entra por las puertas dobles. No lleva el esmoquin clásico y aburrido que dictaba el protocolo. Se ha decantado por un traje de corte italiano en color gris carbón, sin corbata y con los dos primeros botones de la camisa blanca desabrochados, dejando entrever el tatuaje que asoma por su clavícula. No lleva máscara. Su rostro, con la cicatriz de la ceja ya casi cerrada, es un desafío abierto a todos los que querían verlo escondido.

—Se supone que es una gala de máscaras, 91 —le digo cuando se detiene frente a mí, ignorando los flashes que empiezan a dispararse a nuestro alrededor.

—Ya llevo demasiadas máscaras en mi vida, Sienna —responde con una voz grave que me vibra en el esternón—. Y esta noche no pienso usar ninguna más.

Me tiende la mano. Es un gesto audaz, casi suicida. Bailar con el jugador del escándalo en medio de la gala más importante del año es el equivalente profesional a saltar de un avión sin paracaídas.

—Marcus nos está mirando —susurro, aunque mis dedos ya están buscando los suyos.

—Que mire. Que todo el mundo mire.

Me arrastra hacia la pista de baile justo cuando la orquesta empieza una melodía lenta, cargada de violines que suenan a anhelo. Me rodea la cintura con una mano firme, posesiva, y yo apoyo la mía en su hombro, sintiendo el calor del tejido y el músculo tenso debajo.

Bailamos en un silencio que grita. A nuestro alrededor, el mundo es un borrón de luces y susurros enemigos, pero aquí, en el centro de la pista, solo existe el roce de nuestros cuerpos. Sus ojos clavan los míos con una intensidad que me hace olvidar cómo respirar. Es una comunicación sin palabras: me está diciendo que no le importa el vídeo, ni Detroit, ni su carrera. Me está diciendo que ha vuelto por mí.

—Estás espectacular —me susurra al oído, y su aliento cálido me eriza la piel—. He pasado cinco años imaginando este momento. El vestido negro, tu pelo... y el sabor de tus labios que todavía recuerdo.

—Jax, detente —le pido, aunque me pego más a él—. No podemos hacer esto aquí.

—Podemos hacer lo que queramos, Sienna. Somos los dueños de este hielo, ¿recuerdas?

La tensión sexual es insoportable, una cuerda tensada al máximo que amenaza con romperse en cualquier segundo. Sus dedos se hunden ligeramente en la piel de mi espalda descubierta y yo suelto un suspiro que se pierde entre los acordes de la música. Por un instante, Marcus Thorne desaparece. Los Blizzard desaparecen. Solo quedamos Jax y yo, dos piezas de un pasado roto que intentan encajar en una pista de baile que se siente como el borde de un precipicio.

Cuando la música termina, no me suelta de inmediato. Nos quedamos así, con las frentes casi rozándose, mientras el resto del mundo recupera el sonido.

—Tengo que salir de aquí —consigo decir, con la voz rota.

—Yo también —responde él, y la promesa en sus ojos me indica que la noche no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 25: PURA PASIÓN

El aire del salón de baile se ha vuelto irrespirable. Cada flash de los fotógrafos se siente como una quemadura y cada mirada de Marcus Thorne es un clavo más en el ataúd de mi paciencia. No puedo seguir fingiendo que me importa la subasta benéfica o el champán caro cuando lo único que escucho es el ritmo acelerado de la respiración de Sienna contra mi cuello.

Le agarro la mano con firmeza, entrelazando nuestros dedos, y la arrastro fuera de la pista. Ella no se resiste. Esquivamos los grupos de gente, atravesamos las pesadas cortinas de terciopelo y nos adentramos en el ala administrativa del estadio, donde las luces están a media potencia y el silencio es un refugio sagrado.

Empujo la puerta de mi propio despacho —el rincón que Marcus me dio para mantenerme aislado— y la cierro de un portazo. Antes de que Sienna pueda decir una palabra, la acorralo contra la madera fría de la puerta.

—Dime que me detenga, Sienna —le susurro, con el rostro a milímetros del suyo—. Dímelo ahora o juro que no voy a soltarte en toda la noche.

Ella no responde con palabras. Sus manos suben por mi pecho, agarrando las solapas de mi chaqueta gris con una urgencia que me nubla la vista, y me atrae hacia ella.

El beso es una colisión de cinco años de hambre. Sabe a vino dulce, a deseo reprimido y a una rabia que se transforma en pasión pura en cuanto nuestras lenguas se rozan. La levanto en vilo, sintiendo la seda de su vestido resbalar contra mis muslos, y ella enrosca sus piernas alrededor de mi cintura, soltando un gemido que es el sonido más hermoso que he escuchado en mi vida.

La dejo sobre la mesa de madera oscura, apartando informes y carpetas de un manotazo. No me importa el orden. No me importa el caos. Solo me importa la forma en que su espalda se arquea cuando mis labios bajan por su cuello, buscando ese punto sensible justo detrás de la oreja que la hace temblar.

—Jax... —jadea ella, enterrando sus dedos en mi pelo—. Dios, Jax... no he dejado de pensar en esto. Ni un solo día.

—Yo tampoco, nena —le confieso, mi voz saliendo como un rugido ronco mientras me deshago de mi chaqueta—. En cada pista de hielo de Rusia, en cada hotel frío de Suecia... cerraba los ojos y solo veía tu cara. Marcaba goles solo para imaginar que estabas en la grada celebrándolos. Siempre has sido tú. Incluso cuando te odiaba por haberme dejado marchar, te amaba tanto que me quemaba por dentro.

Mis manos viajan por la seda de su vestido, buscando la piel desnuda de su espalda. El contacto es eléctrico, una descarga que me recorre la columna. Cuando mis labios encuentran los suyos de nuevo, el beso es más lento, más profundo, cargado de una devoción que no necesita contratos de prensa para ser real.

Nos desnudamos con una torpeza desesperada, como si el tiempo fuera a agotarse antes de que podamos fundirnos. La luz de la luna entra por el ventanal del despacho, iluminando las curvas de Sienna y haciéndola parecer una diosa de mármol y fuego.

Cuando finalmente me hundo en ella, el mundo exterior deja de existir. No hay escándalo en Europa, no hay amenazas de Marcus, no hay pasado roto. Solo somos dos personas recuperando el territorio perdido. Cada movimiento es una disculpa, cada gemido es una promesa de que no volveré a dejarla atrás.

La estrecho contra mi pecho, sintiendo su corazón galopar contra el mío, y le susurro al oído las palabras que debí decir en aquella estación de tren hace cinco años.

—Nunca me fui del todo, Sienna. Mi cuerpo estaba lejos, pero mi alma siempre se quedó aquí, contigo.

En la penumbra del despacho, rodeados de carpetas que hablan de estrategias y dinero, lo único que queda es la verdad desnuda de dos corazones que, a pesar de todo el hielo del mundo, nunca dejaron de arder el uno por el otro.

CAPÍTULO 26: EL AMANECER DE LOS COBARDES

La luz del sol de Colorado entra por el ventanal del despacho con una crueldad blanca, iluminando cada mota de polvo y cada rincón de la estancia que anoche fue nuestro santuario. Me despierto con el frío del cuero del sofá contra mi piel y el peso del brazo de Jax rodeándome la cintura.

Durante unos segundos, el mundo es perfecto. Huelo a él, a leña y a ese deseo satisfecho que me entumece los músculos. Pero entonces, mi mirada cae en mi vestido de seda negra, abandonado en el suelo junto a una carpeta con el sello de los Blizzard, y la realidad me golpea con la fuerza de un disco de hockey a doscientos kilómetros por hora.

Me incorporo de golpe, apartando el brazo de Jax con una urgencia que me asusta.

—Sienna... —su voz es un susurro ronco, cargado de un sueño tranquilo que yo ya he perdido—. ¿Qué pasa? Quédate un poco más.

—Son las seis de la mañana, Jax —digo, buscando mi ropa interior entre los papeles esparcidos—. Los servicios de limpieza llegarán en media hora. Marcus estará en su oficina en una hora. ¿En qué demonios estábamos pensando?

Me pongo el vestido con dedos torpes, sintiendo que la seda ahora me quema. Anoche fue pura magia, una rendición absoluta, pero la luz del día ha traído de vuelta a la jefa de relaciones públicas. Y esa mujer sabe que lo que hemos hecho es un suicidio profesional.

Jax se levanta despacio. No tiene prisa. Se pone los pantalones del traje sin dejar de mirarme con una calma que me irrita.

—Estábamos pensando en nosotros, Sienna. Por primera vez en cinco años.

—No existe un "nosotros" en este edificio, Jax —le espeto, recogiéndome el pelo en una coleta tensa, intentando recuperar mi máscara de hierro—. Si Marcus se entera de esto, si una sola foto de anoche sale a la luz, estoy acabada. Me habré convertido en el cliché

de la profesional que se acuesta con el jugador estrella caído en desgracia.

Él se acerca a mí, invadiendo mi espacio, pero esta vez doy un paso atrás. El rechazo físico es como una bofetada en el silencio del despacho. Sus ojos, que anoche me miraban con devoción, ahora se nublan con una chispa de dolor.

—¿Eso es lo que soy para ti ahora que ha salido el sol? ¿Un error de gestión? —pregunta, y su voz tiene un filo que no esperaba.

—Eres el jugador que tengo que proteger, Jax. Y no puedo protegerte si soy parte del problema.

—Anoche no parecías muy preocupada por la gestión de crisis —sisea él, dando un paso más—. Anoche me dijiste que me habías echado de menos. Me miraste como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra.

—Anoche no era yo misma —miento, y la palabra se me queda atascada en la garganta—. Fue la gala, el alcohol, la adrenalina... Tenemos que olvidar que esto ha pasado. Por el bien de los Blizzard. Por tu carrera.

Jax suelta una risa amarga y se pasa la mano por el pelo revuelto. Se ve tan decepcionado que me entran ganas de echarme a llorar, pero me obligo a mantenerme firme. El miedo es un motor más potente que la pasión a plena luz del día.

—Eres una cobarde, Sienna —dice con una frialdad que me hiela la sangre—. Tienes tanto miedo de perder ese despacho con vistas y la aprobación de un tipo como Marcus que prefieres matarnos antes de darnos una oportunidad.

—No es miedo, es realismo —le corrijo, abriendo la puerta del despacho con cautela—. Vete por la salida de incendios del ala norte. Yo saldré por el túnel principal en diez minutos. No nos hemos visto desde que terminó el baile. ¿Entendido?

Él no responde. Recoge su chaqueta del suelo y camina hacia la puerta de atrás sin mirarme. El contraste entre la calidez de su piel contra la mía hace unas horas y este frío glacial es una grieta que se abre bajo mis pies.

He salvado las apariencias, pero mientras veo su espalda alejarse por el pasillo, me doy cuenta de que he vuelto a ganar la batalla

profesional a costa de perder la única guerra que de verdad importaba. El amanecer no trae claridad; solo trae la certeza de que el precio de mi ambición es un corazón que acaba de romperse por segunda vez.

CAPÍTULO 27: EL FANTASMA DE DETROIT

El frío del túnel de servicio del estadio no es nada comparado con el que siento en el pecho tras la huida de Sienna esta mañana. "Cobarde", le dije. Pero la verdad es que yo soy el idiota que pensó que una noche de pasión podía borrar cinco años de mentiras y un océano de distancia.

Me detengo frente a una puerta metálica al final del pasillo, lejos de las cámaras de seguridad que Marcus Thorne supervisa con celo. Un hombre me espera allí, apoyado contra la pared, fumando un cigarrillo electrónico que desprende un olor a menta artificial que detesto.

—Has tardado, Jax —dice en inglés con un marcado acento ruso —. Vail Creek te ha ablandado. O quizá ha sido la rubia de relaciones públicas.

—Cierra la boca, Volkov —le siseo, agarrándolo del abrigo y empujándolo hacia la penumbra—. ¿Qué haces aquí? Te dije que no volvieras a contactar conmigo después de lo de Estocolmo.

Volkov sonríe, mostrando una hilera de dientes demasiado blancos. Saca un sobre de cuero de su maletín y lo golpea contra su palma.

—Detroit está haciendo preguntas. Los Red Wings no quieren un jugador con manchas, quieren la verdad detrás del vídeo. Y tú y yo sabemos que ese vídeo solo cuenta la mitad de la historia.

Me arrebata el aliento. El sobre contiene las pruebas de la transferencia bancaria, el rastro del dinero que acepté por aquel partido amañado en la liga europea. El pecado que me costó la reputación y casi la carrera.

—Aceptaste el dinero, Jax. Firmaste el recibo —continúa Volkov, bajando la voz—. Pero ambos sabemos que esos cincuenta mil euros no fueron a tu cuenta. Fueron directos a la clínica de rehabilitación de San Petersburgo donde tu hermano pequeño, Leo, estaba ingresado por sobredosis.

Aprieto los puños hasta que los nudillos me duelen. La imagen de Leo, pálido y tembloroso en aquella cama de hospital, rodeado de

tipos que amenazaban con cortarle el cuello si no pagaba sus deudas de juego, vuelve a mi mente como una pesadilla.

—Él solo tenía diecinueve años, Volkov. Lo habrían matado.

—Y por eso aceptaste perder aquel partido de cuartos de final. Por eso dejaste que te grabaran cogiendo el sobre de dinero —asiente el agente con una frialdad profesional—. Te sacrificaste para que Leo tuviera una segunda oportunidad. Pero ahora, ese sacrificio está a punto de salir a la luz. Si Detroit encuentra el vínculo con tu hermano, lo deportarán. Y a ti te prohibirán volver a pisar el hielo de por vida.

—Nadie sabe lo de Leo —mascullo, sintiendo que las paredes del túnel se cierran sobre mí—. Ni siquiera Sienna. Especialmente ella.

—Entonces mantenla lejos, 91. Porque esa mujer es inteligente, y si empieza a escarbar para "salvarte", acabará encontrando el rastro de tu hermano. Y tú y yo sabemos que preferirías volver a ser el villano antes que ver a Leo en una celda rusa.

Volkov me lanza el sobre de cuero y se aleja hacia la salida, dejándome solo con el fantasma de mi pasado.

Miro los documentos. Es la prueba de mi culpabilidad y, al mismo tiempo, el testimonio de mi único acto de amor verdadero en años. Me fui a Europa huyendo de Sienna porque sabía que, si me quedaba, ella intentaría ayudarme y acabaría manchándose con mi barro. Me convertí en el corrupto, en el traidor, para que mi familia no fuera destruida.

Ahora, mientras escucho el goteo de una tubería en el techo, me doy cuenta del error que cometí anoche. No puedo estar con ella. No puedo permitir que me ame, porque su amor la obligará a investigar, y la verdad es el arma que terminará por hundirnos a todos.

Tengo que volver a ser el tipo duro. El que no tiene sentimientos.

El que ella debe odiar para poder seguir brillando en su despacho de cristal.

Porque si tengo que elegir entre mi felicidad y la libertad de mi hermano, el hielo siempre ganará.

CAPÍTULO 28: LA MENTIRA MÁS DULCE

El eco de nuestras promesas de anoche todavía me zumba en los oídos, pero el aire del estadio hoy se siente viciado, cargado de secretos que no me pertenecen. He pasado la mañana evitando la mirada de Marcus y borrando el rastro de mi propio miedo, intentando convencerme de que Jax y yo podemos sobrevivir a la luz del día.

Me dirijo a la zona de calderas, un atajo poco transitado para llegar a la sala de prensa, cuando escucho voces que no deberían estar ahí. Me detengo en seco, ocultándome tras una columna de hormigón.

—Aceptaste el dinero, Jax. Firmaste el recibo.

Esa voz no es de nadie de los Blizzard. Es áspera, con un acento extranjero que me eriza el vello de la nuca. Asomo la cabeza lo justo para ver a Jax. Está de espaldas a mí, rígido como una estatua, frente a un hombre vestido con un abrigo oscuro que exhala vapor de menta.

—Cierra la boca —sisea Jax, y el veneno en su voz me hiela la sangre—. Te dije que no volvieras a contactar conmigo. Ya hice lo que me pediste en Estocolmo.

—Detroit está haciendo preguntas —continúa el hombre, dándole un sobre de cuero—. Ese dinero no fue a tu cuenta, pero el rastro está ahí. Si esa mujer de relaciones públicas sigue escarbando, va a encontrar la verdad sobre los pagos ilegales. Aléjala, 91. O todos nos hundiremos.

Me tapo la boca con la mano para ahogar un sollozo. Siento como si el suelo del estadio se abriera bajo mis pies. *Pagos ilegales. Estocolmo. Detroit.*

Jax agarra el sobre con una familiaridad que me revuelve el estómago. No hay duda, no hay defensa, no hay el "sacrificio" que yo me había imaginado en mis delirios románticos de anoche. Es real. Se vendió. Y lo peor de todo: me usó.

Retrocedo paso a paso, con el corazón martilleando contra mis costillas. Cada beso de anoche, cada susurro al oído sobre cómo

"nunca dejó de ver mi rostro", ahora me sabe a ceniza. No era amor; era una maniobra de distracción. Me mantuvo ocupada en su cama para que yo no hiciera mi trabajo. Me sedujo para que la jefa de prensa de los Blizzard dejara de investigar el vídeo de Europa.

"Eres una cobarde", me dijo esta mañana.

—No, Jax —susurro para mí misma mientras corro hacia las escaleras—. Soy una idiota.

Llego a mi despacho y cierro la puerta con llave, apoyando la espalda contra la madera. Me tiemblan las manos de una forma incontrolable. Había empezado a creer en él. Había empezado a pensar que Marcus Thorne era el villano y Jax el héroe caído. Pero la realidad es mucho más simple y mucho más cruel: Jax es exactamente el hombre que el vídeo mostraba. Un corrupto que sabe cómo fingir devoción cuando necesita que alguien le limpie la imagen.

La mentira más dulce de mi vida acaba de convertirse en mi mayor humillación profesional.

Abro el portátil con una furia fría. Si Jax quería que dejara de investigar, ha conseguido exactamente lo contrario. Voy a encontrar ese rastro de dinero, voy a desgranar cada pago ilegal de Estocolmo y, esta vez, no será para salvarlo. Será para recordarme a mí misma por qué nunca debí dejar que el número 91 volviera a cruzar mi línea azul.

Anoche le entregué mi alma sobre una mesa de madera. Hoy, voy a asegurarme de que Marcus Thorne tenga todas las pruebas necesarias para terminar lo que empezó. Porque en el mundo de los Blizzard, la única forma de sobrevivir a una traición es ser la primera en disparar.

CAPÍTULO 29: UN CONTRATO CON EL DIABLO

La oficina de Marcus Thorne está situada en el punto más alto del estadio, una caja de cristal desde la que observa el hielo como si fuera un tablero de ajedrez y nosotros, simples peones de madera. El aire aquí arriba es artificial, filtrado y carente de la vida que se respira en el vestuario.

Marcus no está sentado tras su escritorio. Está de pie frente al ventanal, de espaldas a mí, con las manos entrelazadas tras su impecable traje gris.

—Siéntate, Jax —dice sin girarse. Su voz tiene la frialdad de una cuchilla recién afilada.

No lo hago. Me quedo en el centro de la estancia, con el sobre de Volkov todavía quemándome en la mente y el vacío del rechazo de Sienna en el estómago.

—He recibido una información interesante esta mañana —continúa él, girándose despacio. Sobre su escritorio hay una carpeta roja. La abre y desliza un documento hacia mí—. Fotos de la gala. Ángulos que la prensa no vio, pero mis cámaras de seguridad sí. Os vi salir del salón. Vi cuánto tiempo estuvisteis encerrados en tu despacho.

Siento un latigazo de pánico, no por mí, sino por ella.

—Sienna no tiene la culpa de nada, Marcus. Yo la forcé a...

—No me insultes con mentiras caballerescas, 91. —Marcus me corta con un gesto seco—. Sienna es mi mejor activo, mi creación más pulida. Y tú eres una mancha de aceite en su historial. No voy a permitir que un escándalo interno destruya la imagen de los Blizzard ni la carrera que he diseñado para ella.

Lanza un segundo documento sobre la mesa: un contrato de rescisión de contrato.

—Esto es un contrato con el diablo, Jax. Tienes dos opciones. La primera: firmas la rescisión, te marchas de Vail Creek esta misma noche y yo me encargo de que Detroit reciba un informe "limpio" sobre tu pasado en Europa. Tu hermano Leo seguirá a salvo, tu

secreto morirá conmigo y tú podrás intentar empezar de cero en Michigan. Pero no volverás a ver a Sienna. Nunca.

Me quedo helado. Sabe lo de Leo. Marcus Thorne siempre sabe más de lo que dice.

—¿Y la segunda opción? —pregunto con los dientes apretados.

—Te quedas. Sigues jugando. Pero yo mismo filtraré a la prensa que Sienna Thorne ha mantenido una relación inapropiada con un jugador bajo investigación. La destruiré profesionalmente antes de que acabe el día. Ella perderá su licencia, su reputación y su futuro. Tú eliges, Jax: tu carrera y el silencio sobre tu inocencia, o ver cómo el mundo devora a la mujer que dices amar porque no supiste mantener las manos quietas.

Es una trampa perfecta. Si me quedo para intentar salvarla, la hundo. Si me voy para protegerla, ella pensará que la he abandonado otra vez por dinero o por cobardía.

—Firma, Jax. Es lo mejor para ella —dice Marcus, tendiéndome una pluma estilográfica que brilla como un colmillo.

Salgo de su oficina sin firmar nada, con la cabeza dándome vueltas. Necesito verla. Necesito explicarle que el diablo me ha puesto precio y que estoy dispuesto a pagarlo si ella confía en mí una última vez.

Corro hacia su despacho, pero cuando llego, Sienna ya está saliendo. Lleva su maletín y tiene los ojos inyectados en sangre, cargados de una furia que me detiene en seco.

—Sienna, escucha, Marcus sabe lo nuestro y...

—Sé lo de los pagos, Jax —me corta ella. Su voz es un susurro gélido que me duele más que cualquier amenaza de Marcus—. Te escuché en el túnel con ese hombre. Estocolmo, el dinero... me usaste. Me tuviste distraída anoche para que no encontrara la verdad.

—No es lo que crees, nena. Déjame explicarte lo de mi hermano...

—¡No me llames así! —me grita, y veo cómo se le quiebra la voz —. No hay nada que explicar. Eres exactamente lo que el mundo dice que eres. Y yo soy la idiota que volvió a caer. No vuelvas a acercarte a mí, Jax. Si tienes algo de decencia, firma lo que sea que

Marcus te haya dado y desaparece de mi vida antes de que termine de odiarte del todo.

Se da la vuelta y camina por el pasillo sin mirar atrás. Me quedo solo, en mitad del corredor, con el contrato de rescisión en una mano y el corazón destrozado en la otra. El diablo acaba de ganar la partida, y lo peor de todo es que Sienna acaba de darle la razón.

CAPÍTULO 30: EL SILENCIO DEL ICE PALACE

El estadio está sumido en esa penumbra sepulcral que precede a los grandes eventos. El hielo, recién pulido por la Zamboni, brilla como un espejo negro bajo las luces de emergencia. Debería estar en casa, preparando mi maleta para Detroit o redactando mi dimisión, pero mis pies me han traído de vuelta a este templo de acero y mentiras.

Me siento sola. He llegado a la cima de mi carrera, soy la mano derecha del hombre más poderoso del hockey en Colorado, y sin embargo, el silencio del Ice Palace se siente como una condena.

Entro en mi despacho con movimientos mecánicos. Al encender la luz, mis ojos van directos al escritorio. Hay un sobre de cuero desgastado que no estaba allí cuando me fui hace una hora. No tiene remitente, pero huele a él: a frío, a esfuerzo y a ese perfume amaderado que se quedó pegado a mi piel la noche de la gala.

Mis manos tiemblan cuando lo abro.

No es una carta de amor. Son documentos. Facturas de una clínica de rehabilitación en San Petersburgo, informes médicos de un tal Leo Vane y un contrato manuscrito en ruso con una traducción al margen hecha con la caligrafía desordenada de Jax.

Leo. Su hermano pequeño. El chico de las fotos que Jax guardaba en su cartera cuando éramos adolescentes.

Leo no estaba en la universidad; estaba muriendo en un agujero de mala muerte en Rusia por deudas de juego y una adicción que lo estaba consumiendo. Las fechas coinciden perfectamente. El partido amañado en Estocolmo, el sobre con el dinero... Todo fue directo a pagar la libertad de Leo.

Jax no se vendió por avaricia. Se vendió por lealtad.

Me desplomo en la silla, sintiendo que el aire se escapa de mis pulmones. Reviso el último papel: una nota breve, escrita a toda prisa en un trozo de papel de libreta.

«No te mentí anoche, Sienna. Cada palabra, cada beso... fue real. Pero Marcus tiene razón: soy un activo tóxico. Prefiero que me odies por ser un corrupto a que me veas caer intentando salvar a mi

hermano. No busques más. Deja que me vaya y salva tu carrera. Es lo único que me queda por darte: tu futuro intacto».

Un sollozo se me escapa, rompiendo el silencio del despacho. La culpa me golpea como un muro de hormigón. Lo llamé corrupto. Lo llamé mentiroso. Lo rechacé cuando él estaba a punto de sacrificar su última oportunidad de redención solo para que Marcus no me destruyera a mí.

Durante cinco años, lo juzgué desde mi pedestal de integridad moral. Me convencí de que yo era la víctima de su ambición, cuando la realidad era que él estaba cargando con una cruz que no le pertenecía para que yo pudiera seguir brillando en mi oficina de cristal.

Miro por el ventanal hacia la pista vacía. Marcus Thorne no me ha protegido; me ha usado como moneda de cambio para mantener a Jax bajo su bota. Y yo, la experta en comunicación, la mujer que se jacta de leer a las personas, he sido la más ciega de todas.

El "Secreto de Europa" está sobre mi mesa, gritándome la verdad. Jax no es el villano de esta historia. Es el héroe que aceptó el papel de malo para salvar a los que amaba.

Y ahora, mientras el reloj del estadio marca la cuenta atrás para el partido decisivo, me doy cuenta de que tengo que tomar una decisión. Puedo quedarme aquí, conservar mi puesto y ver cómo Jax desaparece en la sombra de Detroit, o puedo prenderle fuego a todo mi mundo para salvar al hombre que nunca dejó de pelear por mí.

El silencio del Ice Palace ya no me asusta. Ahora es el ruido de mi propia determinación.

CAPÍTULO 31: EL ABISMO BAJO LOS PATINES

El rugido del Ice Palace es ensordecedor, pero para mí suena como el viento aullando en una tumba de cemento.

Estamos en el segundo periodo del partido decisivo contra los *Chicago Steel*. Si ganamos, entramos en los *Play-offs*. Si perdemos, la temporada de los Blizzard termina hoy, y con ella, mi última oportunidad de limpiar mi nombre en este hielo. Pero el disco se siente como un trozo de plomo y mis patines parecen tallados en piedra.

Miro hacia el palco de prensa por centésima vez. El asiento de Sienna está vacío.

Ese hueco en la grada es un agujero negro que me succiona la voluntad. He firmado el contrato de rescisión. Está en el despacho de Marcus, esperando a que el reloj llegue a cero para que yo desaparezca de Vail Creek. Ella me odia. Cree que la usé. Y lo peor es que no puedo culparla; le di todas las razones del mundo para que viera al monstruo y no al hombre.

—¡Jax, despierta de una maldita vez! —me grita Julián Ricci mientras me rebasa por la banda derecha.

Me llega un pase limpio, perfecto. Estoy solo frente al portero. Hace una semana, habría marcado ese gol con los ojos cerrados. Pero hoy, cuando armo el brazo para el disparo, solo veo la mirada de asco que Sienna me lanzó en el pasillo. Mis manos tiemblan. El disco se me escapa, patina torpemente y el defensa rival me lo arrebata con una facilidad humillante.

La grada estalla en abucheos.

—¡Vuelve a Rusia, traidor! —grita alguien desde la primera fila. —¡Vendido! ¡Fuera de nuestro hielo!

El sonido de miles de personas despreciándome se mete bajo mi piel, mezclándose con el sudor y el frío. Patino hacia el banquillo con la cabeza gacha, sintiendo el peso de la decepción de mis compañeros. Tyler Vance me mira desde el otro extremo con una mezcla de lástima y advertencia. Me dio un consejo y no supe seguirlo: no fui lo suficientemente duro.

Me siento en el banco y me tapo la cara con los guantes húmedos. El abismo está aquí, bajo mis patines, y me estoy hundiendo en él a una velocidad terminal.

He perdido a Leo, porque Marcus lo tiene bajo su bota. He perdido mi carrera, porque mañana seré un paria en Detroit. Y he perdido a Sienna, la única persona por la que valía la pena soportar todo este infierno.

—Eh, 91 —la voz del entrenador suena lejana, casi distorsionada —. Si no vas a jugar, quítate el uniforme y vete a casa. No necesito sombras en mi pista.

"Sombras". Eso es lo que soy. Una sombra de aquel chico que soñaba con ser una leyenda en Vail Creek.

Me quedo mirando mis manos enguantadas. Son las manos que la sostuvieron en la cabaña, las mismas que aceptaron el sobre de Volkov. El éxito y el fracaso conviven en mis palmas, pero ahora mismo, el fracaso es un frío absoluto que me apaga el corazón. No hay redención posible para alguien que ha roto lo único que juró proteger.

Faltan veinte minutos de partido. Veinte minutos para que mi vida en Colorado se convierta en cenizas. Y mientras me levanto para volver al hielo, no busco la victoria. Solo busco que el tiempo pase rápido para poder desaparecer antes de que el dolor me obligue a suplicar un perdón que sé que no merezco.

CAPÍTULO 32: RENUNCIA POR AMOR

El ruido del partido llega a mi oficina como el eco de una guerra lejana. Escucho los abucheos de la grada, escucho los golpes contra la valla y sé, con una certeza que me desgarra, que Jax se está hundiendo. Puedo sentir su derrota desde aquí, filtrándose por las grietas del Ice Palace.

Marcus Thorne está sentado tras su escritorio, observando las pantallas de seguridad con una satisfacción gélida. Ni siquiera parpadea cuando entro sin llamar.

—Jax está jugando como un aficionado, Sienna. Supongo que tu "intervención" esta mañana ha surtido efecto. Mañana, cuando firme su salida, será solo un mal recuerdo para los Blizzard.

—No va a firmar nada, Marcus —digo, y mi voz suena más firme de lo que me siento.

Él levanta la vista, arqueando una ceja con aburrimiento.

—¿Ah, no? ¿Y quién va a impedirlo? ¿Tú? ¿La jefa de prensa que está a un paso de ser despedida por conducta inapropiada?

Camino hacia su escritorio y dejo un sobre blanco, impecable, sobre el cuero oscuro. No es el contrato de Jax. Es mi carta de dimisión.

—Ya no soy tu jefa de prensa, Marcus. He terminado.

Él suelta una risa seca, desprovista de toda emoción.

—¿Estás renunciando? ¿Por él? Estás tirando cinco años de trabajo a la basura por un tipo que aceptó sobornos en Europa. No seas patética, Sienna. Eres más lista que eso.

—Soy lo suficientemente lista para saber que me has estado usando —me inclino sobre su mesa, clavando mis ojos en los suyos —. Sé lo de Leo Vane. Sé que tienes las pruebas de que Jax es inocente de la corrupción y que las estás usando para chantajearlo. Pero aquí está el detalle que olvidaste: mientras yo trabaje para ti, cualquier defensa que haga de Jax parecerá un conflicto de intereses. Un lío de faldas.

Hago una pausa, saboreando el momento en que la máscara de Marcus empieza a agrietarse.

—Pero como civil... como una consultora externa que ya no te debe lealtad... puedo ir a la liga. Puedo ir a Detroit. Puedo llevarle a la prensa internacional los documentos que encontré en mi mesa. Y si intentas destruirme, Marcus, te aseguro que me llevaré tu reputación y la de este equipo conmigo al fondo del pozo.

Marcus se levanta, su rostro ahora transformado en una máscara de furia contenida.

—Si cruzas esa puerta, Sienna, te aseguro que no volverás a trabajar en el deporte profesional. Te cerraré todas las puertas de la NHL.

—Entonces aprenderé a abrir ventanas —respondo, dándome la vuelta.

Recojo mi maletín y salgo de la oficina. Bajo al vestuario vacío por última vez. Los pasillos huelen a hielo y a final de temporada. Me detengo frente a la taquilla de Jax, la número 91. Saco una pequeña nota de mi bolsillo y la pego con cinta en su espejo, justo donde sé que la verá cuando regrese del partido, destrozado por el fracaso.

«Lo sé todo, Jax. Sé por qué lo hiciste. Sé quién es Leo. Me voy para poder salvarte. Mientras sea tu jefa de prensa, mis palabras no tienen valor. Ahora soy libre. Ahora puedo pelear por ti, pero no puedo quedarme a verte caer. Gana este partido. Gana tu libertad. Te estaré esperando al final del túnel».

Salgo del estadio justo cuando un rugido de la grada anuncia otro error de los Blizzard. No miro atrás. Las luces del Ice Palace se hacen pequeñas en mi retrovisor mientras las lágrimas empañan mi vista.

He perdido mi trabajo. He perdido mi prestigio. Y he dejado al hombre que amo en medio de su batalla más oscura, sin saber si mi sacrificio será suficiente para hacerlo reaccionar o si lo hundirá definitivamente.

Es el salto más arriesgado de mi vida, y no hay red de seguridad bajo el hielo.

CAPÍTULO 33: PALABRAS DE UN SABIO

Vail Creek se ve diferente desde la banca de madera frente a la librería de Don Mateo. La nieve cae con una parsimonia que envidio; ella no tiene prisa por llegar a ninguna parte, mientras que mi vida parece un cronómetro en cuenta atrás que está a punto de marcar el cero definitivo.

Tengo el contrato de rescisión arrugado en el bolsillo de mi chaqueta. Sienna se ha ido. El equipo me mira como si fuera un virus. Y yo... yo me siento como un fraude que finalmente ha sido descubierto.

La puerta de la librería rechina y Don Mateo sale, envuelto en un cárdigan de lana que parece tener más años que el propio estadio. No dice nada. Se sienta a mi lado y me tiende un libro de tapas de cuero desgastado. *«Meditaciones sobre la Verdad»*.

—No he venido a leer, Mateo —digo con la voz ronca—. He venido a esconderme.

—El problema de esconderse en un pueblo tan pequeño, Jax, es que siempre acabas encontrándote contigo mismo en algún escaparate —responde el anciano, limpiando sus gafas con un pañuelo—. Te he visto jugar hoy. Tu cuerpo estaba en el hielo, pero tu alma estaba en otra parte. Quizá en un tren que salió hace cinco años.

—He intentado hacer lo correcto —suelto, y la frustración me quema la garganta—. Me sacrifiqué en Europa para que mi hermano tuviera una vida. Me callé para que Sienna no perdiera su carrera. ¿Por qué se siente como si todo estuviera peor que antes?

Don Mateo suspira y apoya su mano nudosa en mi hombro. Su tacto es cálido, real.

—Porque confundes la lealtad con el silencio, hijo. La verdadera lealtad no es cargar con un secreto que envenena a los que amas; eso es solo una forma sofisticada de cobardía. Te ocultaste tras ese sacrificio para no tener que enfrentarte al miedo de que, si Sienna sabía la verdad, quizá no sería suficiente para perdonarte.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier *check* contra la valla.

—Elegiste ser el mártir porque es más fácil ser el villano que ser honesto —continúa Mateo, mirándome a los ojos—. Ser honesto requiere valor. Requiere aceptar que no tienes el control de cómo reaccionarán los demás. Has estado protegiendo a Leo y a Sienna como si fueran niños, pero lo único que has hecho es quitarles el derecho a decidir si querían pelear a tu lado.

Me quedo en silencio, dejando que el frío de la noche me aclare las ideas. Don Mateo tiene razón. Mi "sacrificio" fue mi muro. Usé a mi hermano y mi pasado como excusas para no ser vulnerable, para no tener que pedir perdón de verdad. Me creía un héroe trágico, pero solo era un hombre asustado de su propia verdad.

—¿Es demasiado tarde? —pregunto, mirando hacia el resplandor de las luces del estadio a lo lejos.

—En el hockey, el partido no termina hasta que suena la bocina, ¿no es así? —Mateo se pone en pie con un quejido de sus huesos—. Pero para ganar, tienes que dejar de jugar para el dueño del equipo y empezar a jugar para el hombre que ves en el espejo. La verdad te hará libre, Jax, pero primero te va a romper en pedazos.

Se retira al interior de la librería, dejándome solo con el libro y una claridad mental que me escuece.

Sienna no necesita que la proteja desde las sombras. Necesita que sea el hombre que ella cree que soy. Y Marcus Thorne... Marcus puede quedarse con su contrato y sus amenazas. Mañana, el mundo va a conocer la historia de Jax Vane, y esta vez, yo seré quien dicte el guion.

Me levanto de la banca. El abismo sigue ahí, bajo mis pies, pero por primera vez en años, no tengo miedo de caer. Porque si voy a hundirme, lo haré con la frente en alto y la verdad en los labios.

Capítulo 34: Maletas llenas de "ojalá"

Mi apartamento en Vail Creek siempre me pareció un refugio de modernidad y orden, pero hoy, con las cajas de cartón apiladas en el salón, se siente como una cáscara vacía. El silencio es tan denso que puedo escuchar el latido de mi propio corazón, un ritmo errático que no ha encontrado la paz desde que salí del estadio.

Doblo una blusa de seda y la coloco en la maleta. Movimientos mecánicos. Muros de contención que intento levantar contra las lágrimas que amenazan con desbordarse. He dejado mi puesto, mi reputación y mi sueldo. He tirado los dados y, por ahora, solo veo el vacío.

El teléfono vibra sobre la encimera de granito. El nombre de Marcus Thorne brilla en la pantalla. Suspiro y respondo; no por miedo, sino por el cierre que necesito.

—Dime, Marcus.

—Sienna, deja de hacer el ridículo —su voz suena más humana de lo habitual, casi paternal, lo que la hace doblemente peligrosa—. He roto tu carta de dimisión. Tómate el fin de semana, vete a Denver, descansa. El lunes volverás a tu oficina y actuaremos como si este arrebato sentimental nunca hubiera ocurrido. Jax se marchará a Detroit y tú seguirás siendo la mejor en lo tuyo.

—No es un arrebato, Marcus —respondo, cerrando la cremallera de la maleta con un tirón seco—. Es una decisión. No puedo trabajar para alguien que utiliza la vida de un chico de diecinueve años como moneda de cambio para controlar a un jugador.

—Ese "chico" es un drogadicto en recuperación y Jax es un corrupto por elección propia. No arruines tu futuro por una fantasía de redención que solo existe en las novelas, Sienna. Piénsalo bien. El reloj corre. Si el partido de mañana termina y no estás en tu puesto, no habrá vuelta atrás.

—Ya no hay vuelta atrás, Marcus. Adiós.

Cuelgo y dejo el teléfono boca abajo. Me tiemblan las manos. El "reloj" del que habla Marcus no es solo profesional; es el cronómetro del partido de mañana. El último partido de Jax con los Blizzard. Mi última oportunidad de estar cerca de él antes de que nuestras vidas se separen definitivamente.

Me acerco a la estantería y recojo un pequeño marco de madera que había quedado al fondo. Es una foto vieja, de hace diez años. Jax y yo estamos sentados en el capó de su primer coche, con las caras manchadas de chocolate de la feria del pueblo. Él me mira como si yo fuera el sol, y yo... yo sonrío con esa confianza ciega de quien cree que el primer amor es eterno.

—Ojalá me lo hubieras dicho, Jax —susurro a la foto—. Ojalá no hubieras intentado ser un héroe solo.

Me doy cuenta de que, aunque mañana cargue mi coche y cruce la frontera del estado, mi corazón se va a quedar encerrado en el Ice Palace. Se va a quedar en cada centímetro de hielo que él patine, en cada golpe que reciba y en cada gol que marque.

Me quedan menos de dieciocho horas para irme de Vail Creek. El tiempo se agota, y la sensación de pérdida es un frío que ninguna calefacción puede calmar. He renunciado a todo para pelear por él, pero la pregunta que me desvela mientras miro las maletas llenas de "ojalá" es: ¿llegaré a tiempo para que él se dé cuenta de que ya no tiene que pelear solo?

CAPÍTULO 35: SIN GUION

La sala de prensa del Ice Palace nunca me ha parecido tan pequeña. El aire acondicionado zumba, pero el calor de los focos me golpea la cara mientras los flashes de las cámaras se suceden como ráfagas de ametralladora.

He convocado esta rueda de prensa sin avisar a la directiva. He ignorado las diez llamadas perdidas de Marcus y los mensajes desesperados de los asistentes de comunicación. En mis manos tengo el comunicado oficial que el club redactó para mi salida: una sarta de mentiras elegantes sobre "diferencias creativas" y "nuevos horizontes en Detroit".

Miro el papel. Miro a los periodistas que esperan sangre. Y luego, rompo el comunicado en dos frente a todos.

—No voy a leer eso —digo, y mi voz resuena con una fuerza que no sabía que me quedaba—. He pasado cinco años leyendo guiones que otros escribieron para mí. Hoy voy a contarles la verdad, aunque sea lo último que haga en este equipo.

El silencio que sigue es absoluto. Incluso los fotógrafos dejan de disparar.

—Hace cinco años, en Estocolmo, acepté un soborno. El vídeo que todos han visto es real —hago una pausa, sintiendo el peso de la confesión—. Pero lo que no saben es que ese dinero nunca llegó a mis manos. Fue directo a la clínica de rehabilitación de mi hermano pequeño, Leo. Estaba muriendo en San Petersburgo por deudas de juego y una adicción que no podía controlar. Acepté ser el villano para que él pudiera tener un mañana. Acepté el exilio para que mi familia no fuera destruida.

Un murmullo recorre la sala, pero no me detengo. Esto no es por mi hermano. Esto es por ella.

—Regresé a Vail Creek huyendo de ese pasado, pero me encontré con algo que no esperaba: la mujer que dejé atrás. Sienna Thorne. —Pronunciar su nombre me duele y me sana al mismo tiempo—. Ella no sabía nada de esto. Ella intentó hacer su trabajo, intentó protegerme como profesional, y yo le pagué con silencio y secretos.

Marcus Thorne ha intentado usar nuestra relación para chantajearla, para obligarme a marcharme y para destruirla a ella si yo no cedía.

Me inclino hacia el micrófono, clavando la vista en la cámara principal. Sé que ella me está viendo en alguna parte.

—Sienna ha renunciado hoy a su carrera para protegerme. Ha tirado cinco años de esfuerzo a la basura por un hombre que no supo ser honesto. Así que estoy aquí para decirles que ella es la persona más íntegra que conocerán jamás. Si alguien tiene que ser juzgado, soy yo. Si alguien tiene que irse de este pueblo con la cabeza gacha, soy yo. Pero no permitan que Marcus Thorne o este escándalo empañen el nombre de la mujer que me enseñó que el hielo no es lo más frío que existe... lo más frío es vivir una mentira.

Me levanto de la silla antes de que empiecen las preguntas. El caos estalla a mis espaldas, periodistas gritando mi nombre, luces cegadoras, pero yo solo camino hacia la salida.

Acabo de dinamitar mi contrato con Detroit. Acabo de confesar un delito deportivo ante el mundo. Es un suicidio profesional en toda regla, pero mientras atravieso el túnel hacia los vestuarios, por primera vez en media década, siento que mis pulmones se llenan de aire de verdad.

He limpiado su nombre. He soltado el lastre. Ahora, lo único que me importa es si este gran gesto ha llegado a tiempo para que ella detenga su coche y mire hacia atrás.

CAPÍTULO 36: EL VALOR DE LA VERDAD

Estoy a menos de diez kilómetros de la frontera de Vail Creek. El coche está cargado con mi vida entera y el motor ronronea con una eficiencia que me resulta insoportable. Me he detenido en una pequeña cafetería de carretera, una de esas con olor a café quemado y tartas de manzana industriales, solo para comprar un agua y respirar un aire que no huela a hockey.

Pero el hockey es el oxígeno de este estado.

En la televisión colgada sobre la barra, el logo de la cadena de deportes local parpadea con un rótulo urgente: «RUEDA DE PRENSA NO AUTORIZADA: JAX VANE».

Me quedo paralizada, con la botella de agua a medio camino de mis labios. El local está en silencio; hasta el camionero de la mesa del fondo ha dejado de masticar.

Ahí está él.

Jax no lleva el traje impecable de la gala. Lleva una sudadera del equipo y el pelo algo revuelto, como si acabara de bajar del hielo. Sus ojos, esos ojos que durante años solo me mostraron muros de frialdad o destellos de rabia, ahora están clavados en la cámara con una vulnerabilidad que me atraviesa el pecho.

Lo escucho romper el comunicado. Lo escucho hablar de Leo, de la clínica, del dinero que nunca llegó a sus manos. Cada palabra es una piedra que se desprende de la montaña de mentiras que nos separaba.

—Sienna ha renunciado hoy a su carrera para protegerme —dice él, y mi nombre en sus labios suena como una oración—. Si alguien tiene que ser juzgado, soy yo.

Siento que las piernas me fallan y tengo que apoyarme en el mostrador. El hombre que huyó de Detroit, el que se escondió en Europa, el que regresó a Vail Creek envuelto en sombras... ha desaparecido. En su lugar hay alguien que está destruyendo su futuro profesional frente a millones de personas solo para salvar mi reputación.

—No dejen que Marcus Thorne empañe el nombre de la mujer que me enseñó que el hielo no es lo más frío que existe... lo más frío es vivir una mentira.

La pantalla se llena de periodistas gritando, pero yo ya no escucho nada. El ruido en mi cabeza es el de mi propia armadura cayendo al suelo. Jax ha hecho lo que siempre le pedí: ha dejado de correr. Se ha quedado a pelear, no con los puños ni con el *stick*, sino con la verdad desnuda.

Él no me ha pedido que vuelva. No me ha suplicado perdón. Simplemente se ha inmolado para que yo pueda caminar libre. Y es ese acto de desinterés lo que me da la bofetada de realidad que necesitaba.

—¿Se encuentra bien, señorita? —pregunta la camarera, acercándome una servilleta.

Me doy cuenta de que estoy llorando. Me limpio la cara con el dorso de la mano y suelto una risa nerviosa, cargada de una determinación que me quema las venas.

—Estoy mejor que nunca —respondo.

Salgo de la cafetería casi corriendo. Abro el maletero de mi coche, saco una de las cajas de cartón y la dejo sobre el asfalto. No necesito todo este equipaje. Solo necesito llegar a tiempo.

Arranco el motor y hago un cambio de sentido violento, haciendo que los neumáticos chirríen contra el pavimento. El GPS me indica que Detroit está a cientos de kilómetros, pero yo ignoro la flecha que apunta al este. Giro el volante hacia las montañas, hacia el Ice Palace, hacia el hombre que acaba de regalarme mi libertad a cambio de su propio sacrificio.

Jax Vane ha jugado su última carta. Ahora me toca a mí jugar la mía. Y esta vez, no voy a permitir que nadie dicte el final de nuestra historia.

CAPÍTULO 37: EL PARTIDO DE MI VIDA

El aire frío del túnel me golpea la cara, pero por primera vez en cinco años, no lo siento como una bofetada, sino como una bienvenida. Mis pulmones se expanden, libres de la opresión de los secretos que solté en la rueda de prensa.

Al salir al hielo, el sonido es una marea violenta. No hay unanimidad. Una mitad del *Ice Palace* me abuchea, recordando el escándalo de Europa; la otra mitad guarda un silencio expectante, procesando la verdad sobre mi hermano. Algunos pocos, en las filas más cercanas, aplauden con una timidez que me escuece en el pecho.

Ajusto el barboquejo de mi casco y deslizo las cuchillas sobre la superficie perfecta.

—Has incendiado el mundo, 91 —me dice Julián Ricci al pasar a mi lado para el calentamiento—. Ahora asegúrate de que el incendio no nos queme a nosotros.

—Voy a ganar este partido, Julián. Por el equipo. Por ti.

Mis ojos viajan automáticamente hacia el palco de prensa, el lugar donde Sienna solía sentarse con su tableta y su expresión de profesionalidad inquebrantable. Está vacío. La silla de cuero oscuro brilla bajo los focos como un reproche. Una punzada de desolación me recorre, pero la entierro bajo la adrenalina. Hice lo correcto al dejarla ir. Limpié su nombre. Ahora me toca salvar el honor de los Blizzard.

Suena la bocina. El disco cae.

El juego es una danza de violencia y precisión. Atravieso la neutral zone con una velocidad que no sabía que mis piernas aún conservaban. Siento el impacto de un defensa contra mi hombro, pero no pierdo el equilibrio. Ya no juego para demostrar que soy el mejor; juego porque es lo único que me queda de verdad.

En el segundo periodo, recupero un disco suelto cerca de nuestra blue line. El público contiene el aliento. Esquivo un check devastador y lanzo un pase milimétrico a Tyler Vance, quien dispara un slapshot

que hace retumbar el poste. El estadio ruge. No hemos marcado, pero la energía ha cambiado. Los Blizzard están vivos.

—¡Vane, a tu posición! —grita el entrenador.

Estoy exhausto. Cada músculo me grita que me detenga, que el precio de la verdad ha sido demasiado alto. Pero cada vez que el disco toca mi *stick*, siento que estoy pidiendo perdón por cada error del pasado.

Llegamos al tercer tiempo con el marcador empatado 2-2. El sudor me escuece en los ojos y el sabor metálico del cansancio me llena la boca. Mis ojos vuelven a buscar el palco vacío, rogando por una señal, por una sombra rubia que me diga que no he destruido lo nuestro para siempre.

Nada. Solo el cristal frío y el eco de los gritos.

—No va a venir, Jax —me susurro a mí mismo mientras me preparo para el saque de centro—. Juega por ella, aunque ella ya no esté.

Quedan cinco minutos. El cronómetro es una guillotina que baja despacio. Patino hacia la zona de ataque, sintiendo que el hielo es mi único hogar, el único lugar donde no puedo mentir. Si este es mi último partido, si Marcus Thorne logra que me prohíban volver a jugar, al menos me iré siendo el hombre que Sienna Thorne merecía amar.

CAPÍTULO 38: EL ÚLTIMO SEGUNDO DEL CRONÓMETRO

El motor de mi coche todavía emite chasquidos de calor cuando lo abandono, mal aparcado y con una rueda sobre la acera, frente al *Ice Palace*. El rugido que emana del estadio es una bestia viva; el suelo vibra bajo mis pies.

—¡Está cerrado! ¡Nadie entra sin entrada! —me grita un guardia de seguridad en la puerta principal, luchando contra una multitud de rezagados y periodistas que intentan colarse tras la rueda de prensa de Jax.

No tengo tiempo para explicarle que he dimitido, que soy una civil o que el hombre que está ahí dentro acaba de confesar un secreto que nos pertenece a ambos.

Doy media vuelta y corro. Mis tacones golpean el asfalto helado mientras rodeo el edificio hacia la zona sur. Conozco cada conducto, cada puerta de servicio, cada debilidad de este gigante de acero. Llego al túnel de carga, donde los camiones de televisión despliegan sus cables como arterias negras.

—¡Eh, tú! ¡No puedes estar aquí! —vocifera un operario, pero paso junto a él como un rayo, ignorando el frío húmedo que emana del muelle de descarga.

Subo las escaleras metálicas de dos en dos, con los pulmones ardiendo y el corazón golpeando mis costillas con una urgencia salvaje. Entro en el nivel de pista. El olor a hielo picado y a sudor masculino me golpea la cara. Miro el marcador gigante que cuelga del techo:

BLIZZARD 2 - STEEL 2. TIEMPO RESTANTE: 0:48.

Menos de un minuto. El estadio es una caldera de gritos, abucheos y cánticos desesperados. Me abro paso entre los fotógrafos a pie de pista, ignorando sus miradas de sorpresa al verme allí, con el pelo desordenado y sin mi acreditación oficial. Me pego a la valla de protección, justo al lado del banquillo de los Blizzard.

El cristal de plexiglás está empañado por el aliento de los jugadores y las marcas de los discos. Busco el número 91.

Ahí está. Jax está en el centro del hielo, preparándose para un saque neutral. Se ve agotado; su camiseta está empapada y tiene una pequeña brecha en el pómulo que sangra sobre el hielo blanco. Se mueve con una pesadez que me desgarra el alma. Está jugando solo, peleando contra sus propios demonios en mitad de una tormenta de abucheos.

Entonces, como si una cuerda invisible tirara de él, gira la cabeza hacia la valla.

Nuestras miradas se encuentran a través del cristal.

El ruido del estadio desaparece. Los gritos de Marcus desde el palco, las cámaras de televisión, el cronómetro que descuenta segundos fatales... todo se desvanece. Veo cómo sus hombros se tensan y sus ojos, antes nublados por el cansancio, se encienden con una claridad eléctrica al verme allí. No en el palco de prensa, no como su jefa de imagen, sino como la mujer que prometió esperarlo al final del túnel.

Pongo la palma de mi mano sobre el cristal frío. Él aprieta el stick con una fuerza renovada, un espasmo de pura adrenalina recorriendo su cuerpo.

Quedan treinta segundos. El disco cae al hielo.

Jax no parpadea. Ya no es un alma en pena; es un depredador que ha encontrado su razón para cazar. El cronómetro avanza, implacable, pero por la forma en que Jax me mira antes de lanzarse al ataque, sé que el tiempo ya no es nuestro enemigo. El último segundo está a punto de llegar, y esta vez, el hielo no va a ser lo único que se rompa.

CAPÍTULO 39: VICTORIA EN EL HIELO, PAZ EN EL ALMA

El mundo se reduce a un solo punto focal: la palma de la mano de Sienna contra el cristal.

Verla allí, con el pelo revuelto por el viento de las montañas y los ojos encendidos de una fe que no merezco, hace que el cansancio desaparezca de mis músculos como si nunca hubiera existido. El dolor del golpe en mi pómulo se apaga. El peso de los abucheos se disuelve. Ya no juego para limpiar una mancha en un expediente o para callar a los críticos de la NHL.

Juego para ella.

El disco cae al hielo con un golpe seco. El centrocampista de los Steel gana el saque, pero antes de que pueda armar la jugada, me lanzo sobre él con una agresividad que roza lo temerario. Meto mi *stick* en la neutral zone, provoco el error y robo el puck.

—¡Vane tiene el disco! —el grito del locutor retumba en las vigas del estadio.

Cruzo la línea roja como un rayo. Los defensas rivales convergen sobre mí, cerrándome el paso, intentando estamparme contra la valla. Pero hoy soy intangible. Hago un amago hacia la izquierda, siento el roce de sus hombros contra el mío y, con un giro de cadera que me quema los tendones, me escapo por el centro.

Quedan diez segundos.

Entro en la zona de ataque. El portero se agacha, cubriendo los ángulos, desafiándome a disparar. El estadio entero se ha puesto en pie. El ruido es una pared de sonido sólido, pero en mi cabeza solo suena el latido de mi propio corazón sincronizado con el cronómetro.

Cinco segundos.

Preparo el **slapshot**. El músculo de mi hombro se tensa al límite. Pero en el último microsegundo, veo un hueco milimétrico sobre el hombro derecho del portero. Cambio el ángulo, convierto el disparo de potencia en un tiro de muñeca seco y preciso.

El disco vuela. Es un borrón negro que corta el aire viciado del estadio.

El sonido del disco golpeando la red trasera de la portería es lo más dulce que he escuchado jamás. La bocina final suena un segundo después, larga y estridente, anunciando el final del partido y el inicio de los Play-offs.

BLIZZARD 3 - STEEL 2.

El estadio estalla en un caos de júbilo. Mis compañeros saltan al hielo, gritando, lanzándose sobre mí en una montaña de uniformes y cascos. Pero yo los aparto con una fuerza desesperada. No puedo celebrar con ellos todavía.

Patino hacia la valla, frenando en seco y levantando una nube de nieve de hielo que choca contra el plexiglás. Por primera vez en cinco años, el peso del mundo se ha evaporado. No siento la culpa de Europa, ni el miedo de Marcus, ni la sombra de Leo. Siento ligereza. Siento paz.

Miro a Sienna a través del cristal. Ella está llorando y riendo al mismo tiempo, con las manos apretadas contra su pecho. He ganado el partido de mi vida, pero la verdadera victoria no está en el marcador gigante que parpadea sobre nuestras cabezas. La victoria es que ella está aquí. La victoria es que la verdad nos ha hecho libres en el último suspiro del cronómetro.

Alzo mi guante y lo apoyo contra el cristal, exactamente donde está su mano. El frío del plexiglás desaparece bajo el calor de su presencia. He vuelto a casa, y esta vez, no hay ningún contrato en el mundo que pueda obligarme a marcharme.

CAPÍTULO 40: EL BESO DE LOS BLIZZARD

El estruendo del Ice Palace es tan físico que me hace vibrar los huesos. Es un trueno constante, una marea de miles de personas que han pasado del abucheo a la adoración en apenas sesenta segundos. Pero yo no miro al marcador. No miro a los jugadores que se amontonan en el centro del hielo.

Solo lo miro a él.

Jax patina hacia mí con una urgencia feroz, frenando en seco frente a la valla de protección. La nieve del hielo salta contra el cristal, empañándolo por un segundo, pero sus ojos arden con una claridad que me deja sin aliento. Se quita el casco y lo deja caer sobre el hielo, revelando su rostro sudado, manchado de sangre y victoria.

—¡Sienna! —su grito apenas se escucha sobre el rugido de la grada, pero leo sus labios con una precisión eléctrica.

No hay tiempo para palabras. No hay tiempo para comunicados de prensa ni para protocolos de imagen. Sin pensarlo, apoyo mis manos en el borde de la valla fría. Jax suelta su stick y mete sus guantes bajo mis brazos, levantándome con una fuerza que me hace sentir ligera, como si la gravedad no existiera fuera de su órbita.

Mis pies dejan el suelo de cemento y, en un movimiento fluido y desesperado, salto la protección. Mis zapatos de tacón resbalan sobre el hielo pulido, pero Jax me atrapa contra su pecho antes de que pueda caer. Sus brazos son de acero, su pecho es una muralla de calor y su olor —ese aroma a frío, esfuerzo y redención— me inunda los sentidos.

—Has vuelto —susurra contra mis labios, con la voz rota.

—Nunca me fui, Jax. Solo estaba esperando a que dejaras de correr.

Y entonces, me besa.

Es un beso que sabe a cinco años de hambre, a inviernos solitarios y a una paz ganada en el campo de batalla. Es un beso que ignora las cámaras de televisión nacional que nos enfocan desde

todos los ángulos, los flashes de los fotógrafos que estallan como supernovas y los miles de ojos que nos observan.

En este momento, no soy la jefa de relaciones públicas y él no es el jugador del escándalo. Somos dos piezas de un rompecabezas que finalmente han encajado bajo las luces de Colorado. Siento sus dedos enguantados acariciando mi nuca y mis manos se hunden en su pelo húmedo, aferrándome a él como si fuera mi único anclaje en el mundo.

El estadio ruge con una intensidad renovada. Es el "Beso de los Blizzard", la imagen que mañana abrirá todos los periódicos deportivos, la prueba definitiva de que algunas historias de amor son más fuertes que cualquier campaña de difamación.

Me separo apenas unos milímetros, jadeando, y levanto la vista hacia el palco de cristal de la directiva. Marcus Thorne está allí, de pie, con las manos en los bolsillos de su traje de mil dólares. Durante un segundo, nuestras miradas se cruzan. No hay furia en sus ojos, solo una aceptación gélida. Marcus sabe que ha perdido la partida. Por primera vez, inclina la cabeza apenas un centímetro, un gesto de respeto casi imperceptible que reconoce que mi voluntad ha vencido a su control.

Vuelvo a mirar a Jax. Él sonríe, una sonrisa de verdad que ilumina sus facciones y borra las sombras de Detroit y Estocolmo.

—Se acabó la guerra, nena —me dice, pegando su frente a la mía.

—No, Jax —le respondo, rodeando su cuello con mis brazos mientras el equipo nos rodea entre vítores—. Esto es solo el principio del partido.

CAPÍTULO 41: UN NUEVO HOGAR EN LA MONTAÑA

El silencio de las montañas de Vail Creek tiene una música propia, muy distinta al estruendo de las cuchillas sobre el hielo. Es el crujido de la madera de cedro expandiéndose con el calor de la chimenea y el viento silbando suavemente entre los abetos que rodean nuestra casa.

Nuestra cabaña.

Han pasado seis meses desde que saltamos al vacío frente a diez mil personas. Seis meses desde que mi carrera pendía de un hilo y la reputación de Sienna estaba en cenizas. Hoy, miro por el ventanal de nuestra sala y veo cómo la nieve empieza a cubrir el porche que yo mismo ayudé a construir durante la pretemporada.

—¿Otra vez perdido en tus pensamientos, Vane? —La voz de Sienna llega cargada de esa ironía cariñosa que se ha convertido en mi banda sonora favorita.

Aparece desde la cocina con dos tazas de chocolate caliente. Ya no lleva los trajes de sastre rígidos ni el pelo recogido en moños perfectos que no dejaban escapar ni un mechón. Lleva uno de mis jerséis de lana, que le queda tres tallas grande, y unos calcetines gruesos. Se ve más poderosa que nunca, quizá porque ya no tiene que fingir ser la creación de nadie.

—Solo pensaba en lo mucho que ha cambiado el guion —respondo, rodeando su cintura con un brazo y atrayéndola hacia mí.

Marcus Thorne intentó enterrarnos, pero al final, la verdad resultó ser el mejor marketing del mundo. Mi renovación con los Blizzard fue el evento del verano: un contrato basado en la transparencia total, con cláusulas que protegen a jugadores en situaciones vulnerables como la de mi hermano. Leo está limpio ahora, trabajando en una academia de hockey en la costa este, lejos de las deudas y las sombras de Rusia.

Sienna, por su parte, hizo lo que mejor sabe hacer: reinventarse. Su agencia de consultoría externa, Thorne & Partners, es ahora la encargada de gestionar las crisis de la liga. Marcus sigue en su

oficina de cristal, pero ahora tiene que contratar a la mujer que intentó destruir cada vez que necesita salvar la imagen del equipo. Hay una justicia poética en eso que me hace sonreír cada mañana.

—Mañana empieza la temporada oficial —dice ella, apoyando la cabeza en mi hombro—. ¿Estás listo para volver a ser el centro de todas las miradas?

—Mientras tú estés en la grada, pueden mirar todo lo que quieran. Ya no hay secretos que ocultar, nena. Solo hockey.

La estrecho contra mí, sintiendo el calor de su cuerpo y la paz que emana de cada rincón de este hogar que levantamos sobre las ruinas de nuestro pasado. El hielo sigue ahí fuera, frío y exigente, pero aquí dentro, el fuego nunca se apaga.

Vail Creek ya no es el lugar donde vine a esconderme. Es el lugar donde aprendí que la redención no es algo que te dan los demás, sino algo que construyes tú mismo cuando dejas de huir. He recuperado mi carrera, he salvado a mi familia, pero mi mayor victoria siempre será el momento en que ella decidió que yo valía el riesgo de perderlo todo.

Apoyamos las tazas en la mesa de madera y nos quedamos mirando cómo cae la nieve. El partido de nuestras vidas ya no tiene cronómetro, y por primera vez, no tengo ninguna prisa por que termine.

CAPÍTULO 42: EPÍLOGO: SANGRE NUEVA

Nuestra casa en la montaña nunca ha estado tan ruidosa. El olor a carne a la brasa se mezcla con las risas escandalosas que solo un grupo de jugadores de hockey profesional puede generar cuando hay cerveza fría y recuerdos de por medio.

Miro alrededor de la gran mesa de madera que construimos en el porche. Erick está discutiendo de forma acalorada con Samuel sobre una jugada de la temporada pasada, mientras sus esposas comparten confidencias y vigilan a los niños que corretean por el césped, ajenos a las guerras que sus padres libraron en el hielo. Julián Ricci, siempre el más cínico del grupo, está intentando enseñarle a mi hermano Leo —que ha venido de visita, con un aspecto sano y fuerte que todavía me hace un nudo en la garganta — cómo lanzar un disco sin romper un cristal.

Es la imagen de la solidez. Somos una manada. Somos los Blizzard.

Me apoyo en el marco de la puerta, observando la escena con una copa de vino en la mano. Siento una mano cálida en la base de mi espalda y no necesito girarme para saber que es Jax. Se inclina y me besa la sien, un gesto que, seis meses después, sigue enviando descargas eléctricas a mis pies.

—Lo logramos, nena —me susurra al oído.

—Lo logramos, 91 —respondo, entrelazando mis dedos con los suyos—. Quién nos iba a decir que el "chico malo" de Detroit terminaría siendo el anfitrión de la cena de Navidad del equipo.

—Bueno, alguien tiene que mantener el orden —bromea él, apretándome contra su costado.

Pero la paz de la montaña se ve interrumpida por el sonido de unos neumáticos triturando la grava del camino de entrada. No esperamos a nadie más. El grupo en el porche se queda en silencio, la curiosidad reemplazando las risas.

Un todoterreno negro, con los cristales tan oscuros que parecen blindados, se detiene frente a la casa. De él desciende un hombre que parece haber sido esculpido en el mismo permafrost de Siberia.

Es alto, más que Jax, con una espalda que bloquea la luz del atardecer y unos movimientos de una eficiencia animal.

Es Dimitri, el nuevo Enforcer ruso del equipo. Camina hacia nosotros con una bolsa de lona al hombro. No sonríe. Sus ojos, de un gris tormentoso, escanean el lugar como si estuviera buscando amenazas, no amigos. Se detiene frente a Jax y le tiende la mano con una rigidez que me pone los pelos de punta.

—Vane —dice con una voz que suena como piedras chocando bajo el agua—. El capitán me dijo que aquí encontraría el espíritu del equipo.

—Bienvenido a Vail Creek, Dimitri —responde Jax, estrechándole la mano con firmeza—. Pasa. Hay comida de sobra.

Dimitri asiente, pero su mirada se desvía por un segundo hacia el bosque, como si estuviera acostumbrado a que algo lo persiguiera. Hay una oscuridad en él que reconozco demasiado bien: es el peso de alguien que esconde un corazón bajo capas de hielo para que nadie pueda romperlo.

Él entra en la casa, y por un momento, la temperatura parece bajar varios grados. Los demás jugadores intercambian miradas. Saben que este hombre va a traer problemas, el tipo de problemas que no se solucionan en el banquillo de penalizaciones.

—Ese chico tiene fantasmas —susurro, viendo cómo Dimitri se sienta en un rincón, alejado del bullicio.

—Todos los tenemos, Sienna —responde Jax, volviendo a rodearme con sus brazos—. La pregunta es si encontrará a alguien con el valor suficiente para ayudarle a cazarlos.

Miro hacia el horizonte, donde el sol se oculta tras los picos nevados. Nuestra historia ha encontrado su final feliz, pero en el mundo de los Blizzard, el invierno nunca termina realmente. Una nueva tormenta acaba de llegar a Vail Creek, y algo me dice que el hielo está a punto de volverse mucho más peligroso.



¿Te perdiste el inicio de los Blizzard?
Descubre la historia de Tyler y Sloane en

Puro Hielo
